La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 18 de julio de 1892 — Núm. 551

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con este número se reparte el tomo segundo de la obra **NERÓN**, escrita por D. E. Castelar, correspondiente á nuestra Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegue deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.



SITUACIÓN COMPROMETIDA, grupo en bronce de D. Emilio Benlliure (Salón Parés)

CASUISTICA

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Ni los años ni los corrimientos habían ofendido mucho la hermosura de doña Petra Regalado Sanz, á quien conocía por *Regaladita* la buena sociedad de Marineda. De un cabello negro como la pez, aún quedaban abundantes residuos entrecanos, peinados con arte en sortijillas; de un buen talle y unas lozanas carnes trigueñas, una persona ajamonada y repolluda, pero muy tratable, como dicen los clásicos; de unos ojuelos vivos y flechadores, *algo* que aún podía llamarse fuego y lumbre; de unas manitas cucas, otras amorcilladas, pero hoyosas, y tersas como rasolís. Con tales gracias y prendas no cabe duda que *Regaladita* estaba todavía capaz de dar un buen rato al diablo y muchísimas desazones al angel custodio: por fortuna (apresurémonos á declararlo, no se le ocurra al lector sospechar de la honestidad de nuestra heroína) *Regaladita* no pensaba en tal cosa, sino muy al contrario, como veremos.

Era viuda, de marido que por vivir poco no molestó en extremo, aunque sí lo bastante para que *Regaladita* le tomase cierto asquillo á la santa coyunda y se propusiese no reincidir. Gozaba una rentita modesta en papel del Estado, suficiente para el desahogo de una señora «pelada,» como decir ella solía. Cortaba el cupón santamente, y ni la apuraban malas cosechas, ni emigraciones, ni desalquilos, ni impuestos, ni litigios, ni otros inconvenientes muy temidos por los propietarios de fincas rústicas y urbanas. En cambio las alteraciones del orden público y de la paz europea solían causarle jaquecas y flato. Cuando sus amigas veían á *Regaladita* con ruedas de patata en las sienes, ya se sabe, echaban la culpa á Ruiz Zorrilla ó al emperador de Alemania.

Mas no se crea que la vida de *Regaladita* se deslizaba así, como manso arroyuelo, exenta de cuidados y de aspiraciones y de nostalgias poéticas. ¡Ah, eso no! *Regaladita*, no contenta con su *pasar* decoroso, su vivienda abrigada como un nido, sus buenas relaciones y sus frecuentes goces de vanidad al verse más conservada que manzana en frutero, quería llegar nada menos que á santa... ¡Santa, á estas alturas!

Penitente asidua del Padre Incienso, todos los sábados, al arrodillarse al pie de la reja, manifestaba *Regaladita* á su confesor firmes y ardientes propósitos de avanzar por el camino de la perfección espiritual, y de tratar rigurosamente al asnillo, ó sea al cuerpo antojadizo y goloso. Entiendan, señores, por Dios, que los antojos del asnillo de *Regaladita* no eran antojos de esos que abochornan. La idea de ciertos feísimos pecados no cruzaba por su mente. Las tentaciones de sensualidad que *Regaladita* combatía con amazónico denuedo tenían por fin y objeto algún plato sabroso, algún sorbo de rancio Jerez, paladeado con morosa delectación, algún abrigo «pintado» que su dueña miraba empleando dos espejos con pueril coquetería, algún par de guantes superfluo, cuyo importe estaría mejor empleado en bonos de la sociedad de San Vicente, alguna butaca en que se arrellanaba con sobrado bienestar para que no fuese inocente la complacencia.

El Padre Incienso, jesuíta avisado y perito en escrúpulos y conatos de santidad, sonreía con indulgencia, allá para su sotana, siempre que *Regaladita* con harto sobrealiento por lo incómodo de la postura le confiaba sus anhelos de «padecer ó morir.»

«Muy fondona y acolchada estás tú para echarla de ascética,» pensaba el discreto confesor, calmando por medio de exhortaciones llenas de profunda sensatez aquel místico afán. - Vamos á ver, ¿por qué se me aflige usted tanto? ¿Porque en casa de Veniales repitió de la perdiz estofada y se chupó los dedos? ¡Valiente pecado, hija!... Le voy á poner á usted de penitencia que se coma una patita más para otra vez... ¿Pero cómo le he de decir á usted que la acción de comer es de suyo indiferente y hasta loable cuando tiende á reparar las fuerzas y á conservar la salud?..

No se daba por convencida la pecadora, y escarbando más y más en la conciencia, sacaba otras faltillas que, á fuerza de argucia, disfrazaba de gravísimas infracciones á la ley de Dios.

- No diga usted, Padre; es usted demasiado bueno; yo soy terrible, porque no hago sino disparates. El vestido que compré ayer cuesta á cinco pesetas la vara, y en la tienda había telas que aparentaban lo mismo y sólo costaban á tres y media. Pude ahorrarme eso... para los pobres. ¡Ya ve usted si hice mal!

- No, hija, contestaba el Padre Incienso sin alterarse. No hizo usted mal; la tela que ha comprado será de más duración y más conforme á su categoría de usted en el mundo. Son motivos atendibles.

- Padre, murmuraba otras veces la devota, ha de saber que anteanoche, en casa de la marquesa de Veniales se bailó vals, y el Secretario del gobierno civil resbaló y fué á dar de narices contra el biombo. Las muchachas se rieron, pero yo me reí más que todas...

- ¿De manera que el interesado lo oyese?

- Yo no sé si lo oiría...

- No me parece caritativo, y bueno será que usted se contenga para no ofender á nadie; sin embargo, no veo ahí tampoco motivo para desconsolarse é hipar ahora...

- Sí, señor, que lo hay... Porque ya sabe usted que quiero ser mejor todos los días, y que no viviré tranquila hasta que llegue á conseguir...

- ¿A conseguir... qué?

- Lo que han conseguido otras, contestaba *Regaladita* bajando los ojos ante la mirada perspicaz y un poquitillo irónica del Padre.

- Hija mía, advertía éste sin descomponerse y en tono melifluo, ya le he dicho á usted que eso es... ambicionar demasiado y cosas ociosas, dispénseme usted la expresión. Conténtese con ser lo que ya está siendo, una buena señora, que vive cristianamente, sin ofender á Dios en cuestiones de esas que... que le ofenden muchísimo, aunque las pueda absolver este tribunal, como usted sabe. Yo no la considero á usted perfecta, y sin embargo sólo le pido que se vaya sosteniendo como hasta aquí, ó un poquito más, pero sin esos sueñecillos de santidades. Créame usted á mí, que yo la conozco. Recuerde usted, hija mía, lo que se cuenta de las santas, y cómo vivieron y lo que tuvieron que hacer para alcanzar la santidad. Ayunos, cilicios, mortificaciones de todas clases, penitencias durísimas. Si usted se impusiese un día nada más lo que ellas se imponían á diario, enfermaría usted de peligro: no lo dude. Represéntese usted lo que es llevar á raíz de la carne un cinturón con púas de hierro; piense en un mendrugo de pan añejo aderezado con ceniza; imagínese una noche en oración, de rodillas y con los brazos en cruz; suponga por toda cama una tarima, y por cabezal un guijarro..

Regaladita se estremecía al escuchar tan terrorífica pintura; parecíale sentir en las costillas y en los ijares mordeduras de férreos garfios, y en el paladar sabor á ceniza y á berzas sin sal ni otro condimento más gustoso. Una voz burlona susurraba á su oído: «¡Atrévete, cobarde, comodona, golosa; atrévete con esos pinchos y esas camas de piedra!» Y compungida y casi con ganas de hacer pucheros, balbució:

- ¡Quién sabe, Padre? Tal vez sirviese yo para todo eso y mucho más... Usted no me permite nunca que ensaye... No quiere usted que gane coronas en el cielo...

- ¡No, hija, por Dios! Si yo no se lo prohibo á usted, dijo el Padre con socarronería dulcísima. Puesto que siente usted tales fervores, no ha de ser su confesor quien la desaliente: nada de eso. Le recomiendo sí la prudencia... pero no me opongo; ¡qué me había de oponer! ¿Desea usted imitar á los santos? Pues enhorabuena, hija; yo la aprobaré, yo me complaceré en sus glorias y merecimientos. No desoiga más la voz de lo alto: empiece, hija, empiece esa tanda de maceraciones que han de igualarla con Santa Catalina, Santa Clara y la Venerable Emmerich... ¡Ea! Desde mañana libertad para obrar como guste. ¿Que hábito de estameña? Pues hábito de estameña. ¿Que ayuno? Pues al traspaso. ¿Que cilicio? Un rallador debajo del corsé. ¿Que disciplinas? Yo le puedo prestar unas de alambre: las usó mi maestro, el Padre Celis, que según opinión piadosa estará en la gloria pidiendo por nosotros...

No supo *Regaladita* discernir si era chunga ó hablaba formalmente el confesor: sólo que la sospecha de que fuesen delicada burla las palabras del Padre le acrecentó las ganas de santificarse y asombrarle el sábado próximo con alguna estupenda muestra de santidad. Lo primero, determinó *Regaladita* desbaratar su gracioso peinado y sustituirlo por una castaña y dos cortinillas. Llamó á la costurera, y quitando los faralaes á un vestido negro de lana, lo dejó liso y propio para la nueva vida devota. Se lo puso, y como aún sintiese tentaciones de mirarse al espejo, se pegó un suave pellizco para acostumbrarse á prescindir del profano mueble. En la comida suprimió el vino, y como le trajesen croquetas muy doradas, su plato predilecto, entornó los ojos, y con una constricción del paladar que le llenó la boca de saliva, las rechazó con la mano. Sólo comió del cocido y un poco de queso. «Esto del queso lo suprimiré mañana. Hay que ir poco á poco,» pensó. De noche, al retirarse, tenía determinado rezar de rodillas una hora ú hora y media lo menos. Arrodillóse al pie de la cama, que la criada dejara entreabierta, y emprendió la tarea con buen ánimo. Los tres primeros dieces del rosario iban como sobre ruedas; al cuarto, la blancura de las sábanas distrajo á *Regaladita*; al quinto, el hueco que esperaba por su humanidad la atrajo como el remolino al náufrago; se levantó, se desabrochó la ropa, la dejó resbalar al suelo... y se tendió á la larga, subiendo hasta la barbilla la colcha y el edredón... Aquella noche hacía un frío siberiano.

A la mañana siguiente se despertó soñolienta, calentita, avergonzada y más ansiosa que nunca de realizar grandes y heroicas mortificaciones del asnillo. Un incidente casual le sugirió una idea singular y nunca leída en la historia de ninguna santa. Sucedió que la costurera, mujer parlanchina y sencillota, hubo de referir como una hermana que tenía, cigarrera por más señas, se había ofrecido por la salud de un hijo á visitar á pie el santuario de La Guardia, calzando zapatos llenos de arena... El santuario de La Guardia dista de Marineda dos leguas de áspero camino.

«¡Yo haré más, mucho más!, pensó *Regaladita*. Perfeccionaré ese rasgo de devoción.»

En efecto, el sábado, al postrarse en el conocido rincón de la iglesia de San Efrén, la señora manifestó á su director que, aparte de varias privaciones y méritos conseguidos en la semana, tenía resuelto oir misa en el santuario, llegando á él por su pie y habiendo metido en las botas un puñado de garbanzos, con lo cual iría en un potro y castigaría bien sus instintos de molicie y deleite.

- Pues hija, respondió el confesor, me parece un disparate. ¡No dará usted un paso llevando los pies así; se caerá usted redonda!

- Dios me ayudará, respondió intrépidamente la futura santa.

- Es que se caerá usted sin remedio.

- Y ¿no puede Dios sostenerme?

- Claro que puede: lo que yo dudo es que quiera.

- Padre, me quita usted la esperanza.

- No, hija, no... Le represento á usted los inconvenientes y le aconsejo desista de su empresa, que me parece un delirio.

- ¿Me lo prohibe usted?

- Tanto como prohibir... no. Si ha hecho usted oferta expresa.

- Oferta hice... y á la Virgen y con toda formalidad.

- Pues entonces no hay más que decir. Ya me contará usted el sábado cómo llegó usted á La Guardia... si no está usted coja, patitiesa y asistida de médicos.

. . . .

No estaba coja, sino más lista que nunca, el sábado siguiente la confesada del Padre Incienso. Al verla tan ágil, que se arrodillaba viva y pizpereta, el jesuíta, lleno de curiosidad, se inclinó, prescindiendo de las acostumbradas fórmulas y preguntando aprisa:

- ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Fuimos á La Guardia?

- ¡Ya lo creo que fuí!, contestó la santa futura.

- Y... ¿esos pies?

- Bien... sin novedad.

- Y... ¿cumplió usted toda la oferta? ¿Metió los garbanzos?

- ¡Sí por cierto!... ¿No había de meterlos, cuando la oferta consistía en eso precisamente?

- ¡Hija, parece milagro!, exclamó el Padre.

- Padre, milagro no... Porque verá usted... Como los garbanzos crudos me lastimaban tan horriblemente... que no podía... dar un paso... se me ocurrió cocerlos... y después de cocidos... ya marchó todo... como una seda.



MATERNIDAD, cuadro de E. Carriere (Salón del Campo de Marte, de París, 1892)

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL PRADO

– Lolita, estoy muy incomodado contigo.

– Yo sí que estoy furiosa.

– Ayer pasé cien veces por tu calle y no quisiste salir al balcón ni un minuto siquiera. Tanto, que el zapatero remendón de la esquina le dijo al hortera de la tienda de ultramarinos: «Debe haber revolución, porque hay retén en la calle.» Tú tienes la culpa de que yo me ponga en ridículo.

– No hables tan alto, que mamá lo oye todo.

– ¡Eres una ingrata, una pérfida, que acabarás por matarme!

– Eso es, ríñeme... después que eres tú quien tiene la culpa; tú que anteayer estuviste haciéndole el amor á las de López...

– ¡Eso es falso!...

– Es verdad, que me lo ha dicho la planchadora; como que delante de ella le dijiste á Elvira: «Es usted una perla.» ¡Mire usted que llamar perla á un espantajo que está con la piel y los huesos, que parece un arenque; si al menos hubiese sido una chica guapa;... pero hacerme traición con un mamarracho!...

– No es tan mamarracho como tú quieres suponer.

– Ahora la defiendes, y tienes la poca vergüenza de decírmelo á mí que soy tu novia... ¡Márchate, márchate incontinenti de mi lado; que si no, me voy á poner á llorar. ¡Infame! ¡Tratar así á una niña que le ama tanto!...

– ¡Pero Lolita!...

– No me hable usted, no quiero oir nada. Váyase usted á echar flores á la de López, á la hermosísima Elvirita.

– ¡Lola mía!

– ¡Yo no soy de usted ni ahora ni nunca; todo ha concluído entre nosotros! Pero la culpa de todo la tengo yo, que le quiero tanto...

– También te quiero yo mucho, angel mío.

– Si eso fuese verdad...

– Es tan cierto como estamos en el Prado.

– ¡Júralo!

– Lo juro.

– ¿No me engañas?

– ¡Yo engañarte, vida mía! ¡Jamás, jamás y jamás!

– También Prim dijo eso, y luego...

– Pero yo no soy Prim.

– En fin, te perdono por esta vez; pero como vuelvas á ver á Elvira no me hables nunca.

– Si sabes que...

– No mientas, no quiero oir hablar de esa mujer.

– Pero si...

– ¿Ya volvemos á las andadas?

– Pero Lola, si lo que iba á decir es que os convidaba á ti y á mamá á tomar un helado en Fornos.

– Acepto porque soy generosa y tengo buen corazón, que si no...

– Muchas gracias, Lola, Dios te lo pague.

***

– Generala, yo la creía á usted en Cauterets...

Sí, ya debíamos haber salido; pero Toribio ha tenido que ir en comisión á Barcelona, y aquí estamos toda la familia aburridos y fastidiados, porque Madrid en este tiempo está hecho una abominación. Pero siéntese usted.

– No veo silla...

– ¡Jesús, hija, qué encogida es usted! Ahora verá cómo tiene usted silla: ¡Eh, caballerito! ¿quiere usted quitar los pies de la silla y dársela á esta señora? ¡Vaya, ya tiene usted dónde sentarse! Si aquí, hija mía, á la que se calla la albardan.

– Yo no me hubiera atrevido...

– Usted no, porque pertenece al ramo civil, pero yo... aunque hubiera sido un cosaco con lanza y todo.

– Hay tanta grosería en algunas personas...

– Pues palo con ellos, es lo único. Yo nunca me acobardo. Mire usted, cuando Toribio era capitán, en Fluixa del Ebro, íbamos de columna y nos sorprendieron los facciosos. Otra se hubiera metido en un rincón á llorar; pero yo... con estas mismas manos que se ha de comer la tierra, cogí una tercerola, y con dos soldados que había alojados en casa estuve haciendo fuego como un hombre hasta que los carlistas se fueron. ¡Vaya! Como que el general que mandaba la columna le dijo á Toribio: «Esa nena tiene más alma que un coracero.»

– Pues ayer le oí decir á Manolo que á su esposo de usted le van á dar otro entorchado.

– Sí, como no nos den mulé... lo que es entorchados... tampoco; y no se figure usted, que nos hace mucha falta, porque está todo tan caro que apenas puede una comer, y eso que yo tengo dos asistentes que valen por cien. Mire usted, uno, el que me sirve de doncella, es una alhaja: igual lleva á paseo á los chicos, que remienda unos calzoncillos, ó me pone el corsé. Si no fuese por eso, ¿dónde iba una á parar?...

– Pues nosotros, con el descuento ¡también estamos bien!

– Todo eso sucede porque nuestros maridos son unos calzonazos; más de cuatro veces le digo yo á Toribio: «Si tú tuvieras mi genio, cada quince días habría un pronunciamento.»

– Tiene usted razón, generala; de cada día está todo peor.

– En fin, cómo ha de ser: los hombres lo quieren y nosotras tenemos que callar, que al fin y al cabo para eso somos el sexo débil.

***

– Mi Sr. D. Paco, ¿usted por aquí?

– Sí, hombre, he venido á tomar un poco el aire, porque en ese Congreso se asfixia uno. Es una barbaridad el tener sesiones en este tiempo, ya debían habernos enviado á todos á casa hace un siglo.

– Pero esa discusión, ¿hasta cuándo durará?

– Y durará la mar, porque las oposiciones se han empeñado en apurarnos la paciencia á todos. Ayer



CELTA, estatua de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo

ya vió usted qué monstruosidad. Pepe estuvo hablando tres horas seguidas.

– ¿Y qué tal estuvo?

– ¡Calle usted, por Dios, hombre! ¡Dijo más desatinos!...

– Pues es un chico listo.

– Sí, como usted es de los que se resellaron con él le parece á usted un Séneca, y á mí me parece que en vez de cartera lo que le hace falta es una cartilla para ir á la escuela.

– No tanto, D. Emilio, no tanto.

– ¿Que no? Pues si hubiera usted estado luego en el salón de conferencias, hubiera usted visto el efecto que hizo su perorata entre los ministeriales. El marqués de Sacatrapos me dijo que no sería difícil que hubiera crisis por culpa de ese saltimbanqui, y hasta se susurra quién podrá ser el sucesor.

– ¿Quién?

– ¡Hombre, no era más que un rumor!; pero...

– Vamos, ya caigo. Sea enhorabuena, D. Emilio.

– ¡Calle usted, por Dios!...

– Vaya, que otros con menos méritos se sientan en el banco azul.

– Gracias, gracias, querido. ¿Quiere usted venir á comer conmigo?

– Con mil amores.

– Pues en marcha, que esta tarde hay aquí una polvareda que no se puede respirar.

– Claro, como que el alcalde es un melón; pero en fin, si usted logra la cartera, no le faltará á usted quien desempeñe la alcaldía á las mil maravillas.

– Comprendido; todo se arreglará.

* * *

– Ramón, yo quiero barquillos.

– Señorito, la mamá de V. S. no me ha dado cuartos.

– ¡Pues yo quiero barquillos, barquilloooos!..

– No tenemos dinero y no lo hemos de robar.

– Tú sí que tienes dinero, que mamá te ha dado delante de mí.

– Pero era para comprar pasteles para postres en el Suizo.

– Yo no quiero pasteles, quiero barquillos.

– Y luego la mamá de V. S. me echará á la calle por gastar los cuartos sin permiso.

– Pues si no me compras barquillos, cuando yo sea mayor te pegaré con el látigo grande que tiene Perico.

– Entonces ya estaré yo lejos de aquí. (¡Calle, allí viene mi paisana Manolita! Tenía que convidarla á merengues, *lo cual que* vale real y medio; le compraré otro medio real de barquillos al rapaz y le cuento á la señora los dos reales. Eso es: ¡si no se ingeniara uno, no llegaría nunca á ser rico!

* * *

– Vamos, Casildita, siéntate aquí en este sillón y ahuécate el vestido de modo que luzcan los lazos.

– Mamá, mejor estaríamos allí delante.

– No, hija, que allí así que anochece no se ve gota y aquí estamos bajo de un farol que nos dará de lleno; porque si no se nos ve, ¿á qué santo vestirse y venir al Prado? ¡Dios quiera que pronto encuentres un marido, porque!...

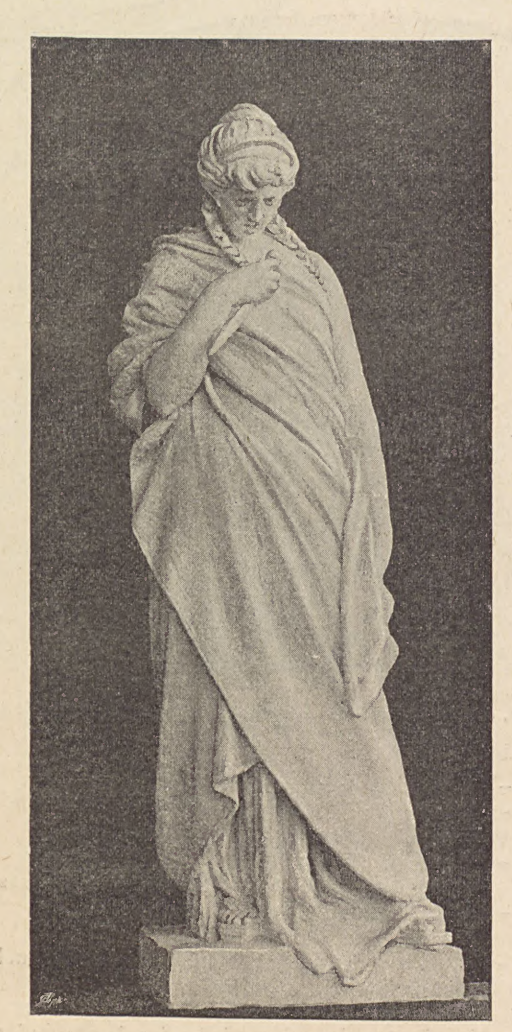
– Mamá, ahí viene Augustito; pero va tan distraído... Ahora se para á hablar con aquella señora del vestido verde. ¿Será su novia?

– No, hija; si es la de Pamplina, que es casada hace más de diez años. Ya viene hacia aquí: ¡jem! ¡jem!... Nada, no ha querido volver la cabeza.

– No nos habrá visto.

– Sí, ha mirado con el rabillo del ojo.

– Pues mira, me hubiera alegrado de que se sentara con nosotras á ver si nos pagaba las sillas.



LA TRAGEDIA, escultura de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo

– Pues justamente por eso se habrá distraído.

– ¡Qué tiempos! Están los hombres más huídos que un demonio, y eso que tú no eres fea y llevas cuatro trapitos; que si no, ¡ya, ya!

– Si Marianito no hubiese hecho lo que hizo.. ¡Qué buen chico era!

– Muy bueno, pero no tenía más sueldo que 5.000 reales con descuento y expuesto siempre á que una cesantía le partiera por el eje.

– Pero era muy finito y en la *Trompa Lírica* publicaba unos versos muy monos.

– Mira, ¿sabes lo que estoy pensando en este instante? Que la gente está saliendo de la primera de Felipe. Tomaremos dos butaquitas y nos exhibiremos un poco. Vamos en seguida, que como aún no ha venido el cobrador podemos ahorrarnos esos céntimos. Luego volveremos á dar una vuelta.

– Yo no tengo ganas de ir al teatro; ahora no hay más que paletos.

– Mira, justamente esos paletos suelen tener muchas tierras y muchas peluconas.

– Sí, pero no son tipos para inspirar una pasión espiritual.

– Déjate de espíritus y atiende al refrán que dice: «El amor pasa y el dinero se queda en casa »

* * *

– Diga usted, joven, ¿es usted la doncella de Juanita?

– Sí, señor.

– Yo quisiera que usted me hiciera un favor.

– ¿Un favor? Usted dirá.

– Yo estoy enamorado de Juanita.

– ¡Demontre! ¡Tan jovencito y ya está usted así!

– No soy tan joven como á usted le parece, que ya tengo trece años.

– ¿Sí? Pues no los representa.

– Digo trece, porque no me faltan más que dos meses y medio, y eso no es nada.

– Claro, á la edad de usted no es nada.

– ¿Y usted querrá darle esta cartita?

– Mire usted, yo no quiero meterme en líos, porque la mamá tiene cien ojos, y si luego se sabe me costará á mí el ir á la calle.

– Es que yo se lo agradecería á usted muchísimo.

– Sí lo creo, pero...

– Pero qué...

– Que lo mejor será que se la dé usted en persona; allá bajo está jugando al corro. Va usted, le habla, y se las componen ustedes como puedan.

– Bien, voy, adiós.

– ¡Anda con Dios, renacuajo! Pues señor, de cada día les entra más pronto la enfermedad á los hombres. A este paso algún día el rorro de casa le hace el amor á la nodriza: ¡Jesús, qué mundo este!



– ¡Eh, aguadora!, á ver si se quita usted del medio y no estorba el paso con los cacharros.

– ¿Y en dónde me he de poner, señor municipal?

– Donde usted quiera, menos ahí entre las sillas; sobre todo no pararse, andar, andar por ahí.

– ¡Si este botijo pesa más que el alma de Judas!

– Eso es señal de que está lleno.

– Casi; y no se figure usted, que estoy ya ronca de andar por ahí gritando: «¡agua, y aguardiente, azucarillos, agua!» Pero *na*, la gente no tiene sed. No he hecho más que dos *perros* en *centímetros*. Y pague usted el *albitrio*. Este ayuntamiento...

– ¡Aguadora, ojo con hablar mal del gobierno!

– No, si yo no digo nada malo; lo que digo es que los industriales estamos á las últimas.

– ¡Pues mujer, con tanto señorío que viene al Prado!...

– Sí, pero los puestos nos hacen mal tercio á las *ambulantas*, sobre todo á las viejas como yo. Esas chulapas que hay ahí junto al paseo de los Burros nos pierden; créalo usted, señor municipal.



LA COMEDIA, estatua de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo



LA PRIMAVERA, pintura decorativa de Hendrik Siemiradzki

– Sí, lo creo, porque eso es una escandalera; pero en fin, las señoras de los coches...

– Esas no beben agua ni aguardiente.

– Pues hacen mal, porque el aguardiente, sobre todo anisado, es muy sano.

– En fin, me voy á dejar de venir al Prado, porque no se gana ni para zapatos.

– ¡Vaya usted con Dios, aguadora, y sobre todo no pararse, y andar al negocio, que es lo que hacen todos los que vienen por aquí!

– ¡Agua y aguardiente!

A. Danvila Jaldero

BOCETOS MARÍTIMOS

UN ARSENAL

«Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla,» dice la sabiduría de las naciones, en un refrán que podrá no ser la pura expresión de la verdad, pero que es, sin duda, el Evangelio, como suele decirse entre nosotros de las cosas indubitables, para todos los sevillanos y para la inmensa mayoría de los españoles de pura sangre; aun de aquellos cuyas mentes no se hallan «atormentadas,» como la de *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, al exclamar con acento melodramático:

Sevilla... Guadalquivir... etc....

Y este artículo, que pudiera resultar maravilloso *per se*, como ciertas síntesis, á poco que nos soplara la musa, ¡esa ingrata, que no nos soplará!, va á tratar de las verdaderas maravillas del siglo XIX, para el cual son tortas y pan pintado, no sólo los siete sabios de Grecia, desde Tales hasta Periandro inclusive, sino hasta las mismísimas siete maravillas del mundo, desde las pirámides de Egipto hasta el faro de Alejandría, pasando por los jardines y las murallas de Babilonia; el sepulcro de Mausoleo, levantado por la eufónica Artemisa; el templo de Diana en Efeso; la estatua de Fidias, representando á Júpiter Olímpico, y el coloso de Rodas, al que otros llaman el *goloso* del mismo punto.

Este sí, el presente; este sí que es el siglo de las maravillas. Lo mismo que aquel poeta famoso que juraba *en verso* no componer más versos en su vida, ó que aquel tenor, famoso también, á quien se le *iban* los *do* de pecho, como á otros se les van los *gallos*, este siglo nono crea maravillas sin *se douter* de ello, sin advertirlo; como quien lava, según otros autores.

El túnel de Mont-Cenis; los puentes de Brooklyn, en América, y del Forth, en Europa; la colonización de Australia y la divisibilidad de la luz eléctrica; la torre Eiffel y la estación de Francfort; el positivismo como sistema de investigación científica y el análisis espectral como procedimiento de prueba; la abolición de la esclavitud y la emancipación de los siervos; la cremación *científica* de los cadáveres, erigida en principio social de garantía; los Congresos y las Exposiciones internacionales, como filones riquísimos de comodidades y de prosperidad para los pueblos...

Todo esto y muchísimo más que pudiéramos citar sin extraordinario esfuerzo, ha nacido ó se ha perfeccionado notablemente en este mágico siglo XIX que, ya en la agonía, luce como ninguno de sus antecesores en el tiempo; pero si quisiéramos citar algo que presentara reunidas y en conjunto, bajo un nombre genérico, diversidad de maravillas en extraordinario número, citaríamos un arsenal, y como sí queremos, démoslo por citado y vamos á intentar dar una idea de él. Falta que podamos hacerlo: veremos.

En el arsenal moderno figura y tiene amplia carta de naturaleza todo lo que sirve y se emplea en la construcción de un buque; así la grúa que levanta cien toneladas, como la lima sutil hecha con un muelle de reloj; así el taladro que perfora una gruesa plancha de acero, como la lezna finísima que se embotaría atravesando un cartón; así la báscula que da sus unidades por toneladas, como la balanza de presión que acusa el peso de los átomos de polvo y de las esferillas de vapor de agua.

Coged un hombre de cerebro privilegiado, nutrido por la lectura personal ú oída en los conocimientos teóricos de todas las ciencias y de las artes todas, pero privado del sentido de la vista, si no es que, poseyéndolo, habéis sabido aislarlo por completo, reduciéndolo á sus razonamientos y á los libros; llevadlo á un Arsenal, y allí, por conjuros que si en la realidad no existen puede concebir la imaginación más torpe, dadle vista ó permitidle que vea, y notaréis entonces la revelación poderosa, un portento casi, que se opera en aquel cerebro lleno de ideas: todas las artes y las ciencias todas se hallan representadas á su alrededor.

¡Oh, qué tiempos aquellos en los que un barco era un poco de espacio, circunscrito entre tablas mal unidas, impulsado por velas inseguras ó por frágiles remos, y guiado por hombres rudos, semisuicidas que para no perder el *semi* iban pegados siempre á las más cercanas costas!

Entonces un barco se hacía en cualquier parte y de cualquier manera. Troncos de árbol recién abatidos por el hacha en el bosque, fuego y clavos; una cuestecilla insignificante en la playa misma; la tripulación futura empujando el armatoste hasta verlo flotar; adentro en este instante, y listos: un barco más surcaba ya impertérrito las olas procelosas del Océano. ¡Pobres olas aquéllas y pobres barcos!

Después las cosas estas se formalizaron algo más y los barcos, sus hijos, también; nació el arsenal con caracteres propios, capaces de diferenciarle de todos los demás establecimientos industriales y consagrados solamente á la construcción y armamento de buques, para lo cual hubo que dotarlos de aparatos y medios especiales, poniéndose á su frente hombres, especialistas también, entre los que nació el estímulo y de éste la perfección creciente é incesante, hasta que adquirió autonomía el arsenal por sus propias exigencias, y la «fábrica de naos» pasó á ser «arquitectura naval,» convirtiéndose en ciencia con sus leyes lo que fué en un principio arte y nada más con reglas sencillísimas.

Hoy, ya lo hemos dicho, un arsenal es una maravilla.

El entonces, el después y el hoy con que encabezamos respectivamente los tres párrafos anteriores, representan en la vida de la humanidad años y siglos; pero puede seguirse paso á paso á través de las edades todos los que ha dado la industria naval desde que, mísera y errante, levantaba una cabaña en los bosques próximos al mar, hasta que, ya más atendida, tuvo casa propia, y hasta que, elevada á señora y casi diosa, habitó los palacios que hoy levanta con el nombre de arsenales.

Terrenos inmensos, capitales cuantiosos, obreros innumerables é inteligencias poderosas se encierran dentro de una cerca, abierta por un lado sobre el mar y en cuya puerta de entrada dice ARSENAL; y de todos aquellos elementos, fundidos y amalgamados con otros materiales en el crisol sagrado de la ciencia, surge en breve tiempo, pero gallardo y prepotente, el formidable acorazado de combate, el airoso crucero protegido, el veloz torpedero ó el espacioso transporte que, garantizando la paz, siguiendo el prudente lema latino, dejen ancho campo para que navegue y triunfe á su hermano predilecto, al magnífico transatlántico henchido de pasajeros y riquezas.

En el arsenal perfecto y completo, de los cuales naturalmente no hay muchos todavía, y el tipo precisa buscarle en Inglaterra, cuna de todo lo bueno en náutica, y en los Estados Unidos, patria predilecta de todo lo grandioso; en ese arsenal ha de germinar el buque en la grada para salir provisto de cuanto necesita: de sus cañones y torpedos, si es de guerra; de sus muebles, pinturas y todos los detalles del más exquisito *confort*, si es mercante y ha de conducir pasajeros á su bordo.

Por esto se comprende bien, sin necesidad de mayores esfuerzos por parte nuestra, lo que decíamos al principio; sólo con ver un buque moderno basta para calcular aproximadamente lo que será el claustro materno, que así podemos llamar al arsenal, de aquella serie interminable de prodigios que constituye la criatura, ya se llame ésta *Pelayo*, ya se llame *Reina Regente*, ya lleve por nombre *Destructor*, ya ostente el de *Buenos Aires*.

Y como que no se puede perder el tiempo, que es oro, ni el oro, que es muy caro, en probaturas inútiles, algunos arsenales ingleses llevan la previsión hasta el extremo de probar en modelos reducidos y en un estanque experimental, un mar en pequeño, todos los buques que construyen, antes de emprender en firme la construcción definitiva, y es de ver, navegando por un mar agitado ó tranquilo, según convenga, pero de exiguas proporciones, un acorazado ó un gran vapor perfecto, pero sólo propios, por el tamaño, el primero para echar á pique barquitos de papel y el segundo para conducir bombones con muñecas por pasajeros y tripulantes. La realización de un cuento de Gulliver, en la cual el hombre desempeña el papel que allí está encomendado á los gigantes.

Pero ahora, cuando ya es un poquito tarde para «retirar mis palabras,» observo que no he dicho bastantes para describir un arsenal y que, en cambio, he dicho demasiadas para poder continuar escribiendo mucho tiempo, á no ser que me hubiera propuesto «dar á luz» un tomo, lo cual está muy lejos de mi imaginación y más lejos aún de mis intenciones. Lo que sí puedo hacer, es dar un buen consejo á los lectores que hayan llegado hasta aquí en la lectura del artículo y sigan completamente á obscuras acerca de lo que es un arsenal: si el deseo de conocerlo bien les acosa todavía y les «pilla con dinero,» como decía el cura aquel de Rota, lo que les conviene es marcharse á Inglaterra, y en Dumbarton (Escocia) visitar detenidamente el establecimiento que allí dirigen los señores Denny, ó mejor aún, no perder la ocasión de ir á Chicago y, ya en los Estados Unidos, detenerse unos días en Filadelfia y recorrer el magnífico arsenal que allí existe.

Un arsenal moderno, bueno, entra en la categoría de lo indescriptible: gracias que, sin grabados y sin números, pueda darse una ligera idea de lo que es. Y cuenta que he procurado no ser como aquel señor que regresó á España después de una prolongada estancia en Venecia, la misteriosa reina del Adriático; el cual señor estaba verdaderamente encantado con lo que allí había visto, y en cuanto cualquiera le pedía la menor noticia, el dato más insignificante acerca del objeto de su admiración y de su entusiasmo, que hablando en general no se le caía de la boca, entornaba los ojos, prolongada los labios cuanto podía y luego, con acento sibilítico, exclamaba como única respuesta.

– ¡Oh!... Venecia... ¡Aquello es menester verlo!...

Y no había manera de sacarlo de ahí.

Federico Montaldo

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

Arequipa, la ciudad de los terremotos célebres, la hija del gigantesco Misti, cuyo apagado cráter se eleva á los seis mil ciento noventa metros sobre el grande Océano, es una de las más sanas y bellas de la república peruana.

Asiéntase al pie del volcán famoso á los 73° 31′ de longitud O. y 16° 30′ de latitud S,, y sepárala del mar un desierto de arena, de cien kilómetros de extensión.

Desde hace algunos años tiene una tan atrevida como sorprendente vía carrilera que la une con el puertecito de Mollendo, y nadie en la vida y movimiento de la nueva ciudad podría encontrar restos de aquella fundada por Pizarro y destruída diez veces por horribles traumatismos de la tierra.

Son sus casas abovedadas para mayor consistencia y recuerdan las construcciones ciclópeas de los corintios; sus alrededores bellísimos y su comercio rico en quinina, lana, metales, tejidos de oro y plata, etcétera, hacen de esta población la primera después de Lima y Callao.

Es además paso obligado para el departamento de Puno, con el cual la une el ferrocarril, así como para la región fronteriza de Bolivia. Tiene importancia militar, política y comercial, y tiene sobre todo unas mujeres que quitan el sentido á cualquier cristiano bien bautizado, cuanto más á *gringos* de todas castas, vale decir sajones y teutones, que pierden la chabeta en cuanto por los arcos de la plaza divisan una de aquellas criaturas llenas de sandunga y gracia criolla. Son las arequipeñas de tipo muy parecido á las limeñas, y diferéncianse únicamente en que á éstas pudiéramos llamarlas más *breves*, si pasa la expresión. Sin que ninguna de las dos (hablo del tipo genuinamente peruano) sean delgadas, es más carnosita la arequipeña; pero aquellos ojos, aquellos andares, aquella boca chiquita de labios rojos, aquel cutis trigueño claro con sombritas vellosas y sobre todo aquellos diminutos *pedestales* que cabrían en las babuchas de una mandarina confuciana y que parecen quebrarse con el cimbreo de la hermosa estatua, son tan apetecibles y tan enloquecedores como el de la más perfecta hija del Rimac.

Pues si así son las de *clase*, no son menos hermosas las *cholitas*: este tipo medio entre el indio y el blanco, es seductor en demasía, y como por regla general no está en la sangre *chola* ser modelo de castidad, ni se cuentan muchos castillos irreductibles, de ahí que sean los hombres unos diablos mal comparados, y que casados, solteros y viudos anden siempre de jaraneo por donde puedan tropezar con *cholitas* sandungueras.

Y no se crea que son los hijos del país los peores en semejantes campañas: tan lejos de eso; danles quince y raya los europeos, que se divierten bailando *cachuas* y *mozamala*, amén de otros *bailecitos de tierra* que vuelven agua la *sesamienta* de hamburgueses y londinenses, dando al traste con la poca formalidad de los españoles y soliviantando más si cabe á los cascabeleros *franchutes*.

***

Llegó de Europa el *niño* Julio, primogénito de una atristocrática familia arequipeña: era un señor abogado, formal, tan formal como podía convenir á los rancios pergaminos que cuidadosamente guardaba el señor Lezcano, su padre, en primorosa caja de plata.

Había estudiado con formalidad, cosa rara en peruano rico que se ve en París dueño de su voluntad y con muchos miles de pesos asignados anualmente.

El nombre de su familia, su posición, su talento y sobre todo su hermosa figura, unida á la distinción y galantería innatas en el peruano, habíanle abierto muchos salones y franqueado gran número de ventanas y puertas de escape, con todo el misterio y poesía necesarios para enloquecer á las que se morían por sus encantos sin lograr interesarle el costado izquierdo.

Llegó, pues, á Arequipa, incólume de pasiones y hastiado de placeres, cosa que no se podía escapar á la penetración de sus padres, que conocían las seducciones que rodean en los grandes centros al joven rico y de bellas prendas personales.

¡Qué de fiestas y banquetes se sucedieron en el palacio de los Lezcano para celebrar la llegada de Julio! ¡Cuántas hermosas mujeres cruzaron por los salones severa y ricamente alhajados!

El joven letrado no volvía de su asombro: había creído que sólo en París pudieran encontrarse mujeres hermosas. ¡En valiente obscuridad había vivido! ¡Hermosísimas las que le rodeaban la noche que sus padres daban un baile de etiqueta!

Estaba trastornado. Oleadas de tul y gasa envolviendo mujeres divinas, de cabello negro, ojazos rasgados, brillantes y fosforescentes; cinturas redondas y hombros anchos como las caderas, con seno levantado y turgente, pasaban y repasaban por su lado, cegándole y estremeciéndole el sentido.

Todas le miraban; era el blanco de cien disparos oblicuos y tímidos y de otros ciento rectos, francos y atrevidillos: tenía Julio muchos atractivos; era una proporción excelente: joven, guapo mozo, rico y formal. ¡Vaya un partido!

El ojeo de las mamás no le iba en zaga al de las hijitas.

Julio bailó con todas; repartió por igual sus galanterías y no pudo singularizarse con ninguna: eran tan hermosas que no se las podía ofender con preferencia.

Sin embargo, una, una sobre todas, era terriblemente bella: miraba con descaro, subyugaba con burlona sonrisa y despreciaba con un fruncimiento de labios y cejas que pinchaba el amor propio. Sabía que era hermosa y estaba cansada de ver rendidos á sus pies á tantos hombres como le habían declarado su amor, que eran cuantos la conocieran: se llamaba Juana Rosa y pertenecía también á una familia noble, aunque no tan adinerada como la de Lezcano.

Nadie sabía si alguna vez sintiera latir su corazón á impulsos del amor: se la tenía por fría, por muy fría: tal vez lo era: aquella mujer que parecía de fuego, bajo cuya piel un poco tostada debía circular lava en vez de sangre, no había tenido novio y había desdeñado á sus pretendientes: contaba veintidós años y representaba más; parecía una mujer en el apogeo de las pasiones: cualquiera por su aplomo, por la seriedad de su continente altivo y por la firmeza con que sostenía la mirada le podía calcular treinta veranos; por viuda la tuviera el que no la conociese, y nadie la juzgaba soltera á primera vista.



TIPOS ESPAÑOLES. - CHESA. MUJER DEL VALLE DE ANSÓ, dibujo de D. Baldomero Galofre

—No has bailado todavía con Juana Rosa Güaqui, hijo mío, dijo la señora de Lezcano á Julio.

—Nadie me la ha presentado, mamá.

—Tienes razón. Ha llegado esta tarde de su hacienda de Utspa Llacta y no he caído en que no la conocías: voy á presentártela y te advierto que tu padre y yo veríamos con gusto *que la encontrases muy bella.*

La señora de Lezcano subrayó las últimas palabras para dar á entender á su hijo que casi era cosa convenida su matrimonio con Juana Rosa.

No hizo á Julio muy buen efecto lo que tenía carácter de imposición: ofreció el brazo á su madre, sin embargo, y se encaminó hacia la joven, que coqueteaba discretamente con tres ó cuatro caballeros: reñíanla éstos cariñosamente por su manía de pasar en Utspa-Llacta la mitad del tiempo, privándoles de su presencia en Arequipa, y defendíase ella con habilidad,



ANTES DEL BAILE, cuadro de D. Román Ribera



LA VIRGEN DEL ROSARIO, estatua en mármol de D. José Llimona (Salón Parés)

asegurándoles que le gustaba extraordinariamente la vida del campo.

La señora de Lezcano y su hijo interrumpieron la conversación.

– Juana Rosa, dispensa, hija, dijo la madre de Julio, no había caído en la cuenta de que no conocías á mi hijito hasta que me lo ha recordado él. Me parece que entre vosotros huelga la presentación: no os vengáis ahora con ustedes ni con cumplidos ¿eh? Cuando tú eras una muñequita divina y él un caballerito de catorce años, le saltabas encima con mucha franqueza y Julio te solía dar algunas azotainas suavecitas: conque...

– ¡Jesús, mamita, no querrá usted que Julio me trate de igual manera!

– Eres el diablo, muchacha, replicó la señora de Lezcano, dando á Juana Rosa unas palmaditas en sus redondos hombros.

Todos rieron de la *lisura* de la joven, y ésta, tendiendo á Julio la mano, le dijo:

– Vamos, Julio, será necesario complacer á mamita, aunque no en todo; ya peso mucho para saltar sobre tus rodillas.

– Pero no para dejarte llevar en este vals.

– Desde luego: el vals es mi danza favorita.

EVA CANEL

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En el concurso para la ornamentación de la Galería de Industrias Artísticas de Stuttgart han obtenido el primer premio el pintor F. Keller, de Karlsruhe, y los escultores Eberlein y Hundriefer, de Berlín.

– La asamblea general de la Asociación para el fomento del arte histórico, que recientemente se ha reunido en Munich acordó la compra de los siguientes cuadros: *¡Viva el rey!*, episodio de la batalla de Vionville, de Rocholl, de Dusseldorf; *Asalto de Bazeilles*, de Putz; *Llegada de la abadesa Irmingarda al convento, de Fraueworth*, de Raup, y *Auxilium christianorum*, de Hempel, artistas estos tres últimos de Munich.

– En la Galería Barbizon, de Londres, se celebra actualmente una exposición de pinturas que se refieren al gran actor francés Coquelín, y entre las cuales figuran obras de Meissonier, Detaille, Millet, Bastieu, Le Page, Corot, Daubigny, Díaz, Madrazo, Pissaro, Monet, Sisley, Charlemont, Dagnan, Duvent, Duez, Jacquet, Leloir y Friand. Esta exposición es, según dicen los periódicos ingleses, una de las más interesantes que se han organizado en la capital de Inglaterra.

– En Leipzig se ha inaugurado un monumento dedicado á Mendelssohn, hermosa obra del escultor de la misma ciudad Werner Stein. Sobre un elevado pedestal, colocado encima de una escalinata, álzase la estatua del gran maestro, envuelto en luenga capa, apoyado el brazo derecho en el facistol y teniendo en una mano la batuta y en otra un rollo de papeles de música. Al pie del zócalo está sentada la noble figura de la Musa, cuyo brazo derecho se apoya en la lira; á los lados del postamento se ven dos elegantes grupos de amorcillos tocando y cantando, y en la parte posterior se lee la inscripción «El lenguaje de las notas, sólo ideas nobles expresa.»

– El monumento recientemente inaugurado en Reutlingen en honor del emperador Guillermo I, obra del escultor berlinés Federico Dietrich, se compone de un zócalo sobre el cual se alza el busto del soberano, de doble tamaño que el natural, esculpido en mármol de Carrara. En la cara principal del pedestal está el retrato del emperador Federico, en la de la derecha el de Moltke y en la de la izquierda el de Bismarck, los tres en relieve y de mármol blanco.

– Durante los años de 1890 y 1891 el Museo Municipal de Leipzig se ha enriquecido con las siguientes adquisiciones: *Vista de un puerto á la salida de la luna*, de Douzet, por 2.060 pesetas, *Otoño en el Mosa alto-bávaro*, de Wenglein, por 3.750; *La recolección en la Alta Baviera* de Lier, por 3.125; *Teatro anatómico de Bolonia* y *Bendición de los Alpes*, de Riefstahl, por 28.750, y *En la iglesia de la aldea*, de Frithjof Smith-Hald, por 15.000. Los tres primeros han sido adquiridos con recursos procedentes de la Asociación de Artistas, y los otros con los del municipio y de la fundación Peschke. Además ha adquirido 28 cuadros regalados por los pintores Koch, Pohle, Lutteroth, Graff y otros, y 15 cuadros al óleo y varias acuarelas de un legado.

– En Tuttlingen se ha inaugurado el monumento erigido en honor de Schneckenburger, autor del tan popular canto patriótico alemán *Wacht am Rhein*: la parte arquitectónica es debida al arquitecto Leins, de Stuttgart, y la plástica al escultor Jahn, de Berlín. El monumento se compone de un alto pedestal, en una de cuyas caras hay un medallón con el retrato de Schneckenburger, coronado por la estatua de Germania en ademán de sacar la espada como respondiendo al llamamiento de la canción patriótica.

– El emperador de Alemania ha adquirido el cuadro *Herederos alegres*, de C. Becker, y otros de Warthmuller, J. Ehrentrant, A. Hertel, Muller-Kurzwelly, R. Friese y F. Ulrich, que figuran en la actual Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín. Además en la Exposición de la Asociación de Artistas alemanas que se celebra en la propia ciudad ha comprado: *Clovelly en Devonshire*, de María Keudell; *Rosas amarillas*, de Catalina Klein; *Anémonas*, de Lina Krause; *Mohn*, de Margarita Ludolff, y *Al través del Africa*, de Mina Stocks.

– Los periódicos de Valencia se ocupan, prodigándole los más entusiastas elogios, del que con razón llaman artista en miniatura: se trata de un niño de nueve años, Juan Manén Planas, discípulo de Ibarguren, que hace verdaderas maravillas con el violín tocando con perfección de consumado artista las más difíciles piezas de los grandes compositores. El público valenciano le ha tributado calurosas ovaciones en el teatro Pizarro y en cuantos sitios ha organizado sus conciertos.

Teatros. – En el teatro de la Exposición de Viena ha conseguido un triunfo la compañía hamburguesa de Pollini con la representación del drama en verso de Madach *La tragedia del hombre*, que se puso en escena con inusitado lujo.

– Prosiguiendo la serie de representaciones de las obras de Wagner, cantadas en alemán en el teatro Covent Garden, de Londres, se ha puesto en escena con el mismo buen éxito que las anteriores *La Walkyria*.

– En la Opera de París se ha ejecutado una hermosa composición sinfónica de M. Charpentier, premio de Roma, titulada *La vie du poete* en tres actos y cuatro cuadros. De las cuatro partes de que consta la obra, Entusiasmo, Duda, Impotencia, Embriaguez, esta última es sin disputa la mejor, revelándose el maestro como un *colorista* (perdónese la palabra) de primera fuerza; en las otras, aunque bastante inspiradas y bien compuestas, se deja sentir demasiado la influencia de Massenet.

– El teatro de la Corte, de Berlín, ha adquirido, para representarla próximamente, la ópera en un acto del malogrado Bizet, *Djamile*, que es muy poco conocida.

– En el Teatro Popular de Viena se ha estrenado una traducción alemana del drama de Sardou *Thermidor*, que ya conocía aquel público por haberlo representado, hace poco, en francés Coquelin: el éxito, según parece, ha sido muy mediano.

– El día 19 de junio último han comenzado en Bayreut los ensayos para la temporada que se inaugurará el 21 del actual y terminará en 21 de agosto: las óperas que se representen serán dirigidas por los maestros Levy, de Munich; Mons, de Karlsruhe; Richter, de Viena, y Strauss, de Weimar.

– En el Vaudeville de París se ha estrenado con éxito una comedia en tres actos de Enrique Lavedan, *El príncipe de Aurec*, acerba censura contra los aristócratas que, olvidando las glorias de sus mayores, sólo piensan en divertirse y en arruinarse, comprometiendo su honor y su dignidad.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Demetrio Bratiano, jefe del partido liberal rumano, ministro de Instrucción pública en 1867, embajador en Constantinopla y presidente del Consejo de ministros en 1881.

Eduardo Herbst, jefe durante muchos años del partido constitucional en la Cámara de Diputados de Austria, notable hacendista, profesor de la facultad de derecho de las universidades de Lemberg y Praga, ministro de Justicia desde 1867 á 1870, autor de importantes obras jurídicas.

Alberto Wolff, célebre escultor alemán y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

El duque Escipión Borghese Salviati, uno de los nobles romanos más adictos á la corte pontificia, á la que prestó grandes servicios con su espada, con su pluma y con sus fundaciones católicas.

El cardenal Augusto Theodoli, miembro de la nobleza romana.

Guillermo Stitken, profesor de la Escuela de Medicina militar de Netley (Inglaterra); prestó voluntariamente sus servicios en los hospitales turcos durante la guerra turco-rusa; redactó por encargo de su gobierno una memoria sobre la naturaleza de las enfermedades que diezmaban al ejército inglés en Scutari, que mereció la más entusiasta aprobación del Parlamento, y escribió importantes obras de anatomía y patología.

El general servio Kosta Protich; se distinguió mucho en la última guerra turco-rusa, fué ministro de la guerra en 1878 y al dimitir al rey Milano fué designado por éste para formar parte de la regencia.

Ossián Bonet, sabio matemático francés, miembro de la Academia de Ciencias, oficial de la Legión de Honor y autor de importantes obras de análisis, geometría y mecánica.

El almirante Ernesto B. Mouchez, director del Observatorio de París: desempeñó importantes comisiones oficiales, como la de poner el puerto del Havre en estado de defensa cuando la guerra de 1870 y la de estudiar en la isla de San Pablo el paso de Venus de 1874; llevó á cabo notabilísimos trabajos de hidrografía, y fué quien concibió la idea de trazar el mapa del cielo, que será una de las obras más grandes del presente siglo.

Don Luis de Martos y Potestad, conde de Heredia Spínola, teniente coronel retirado del ejército español; fué diputado á Cortes, alcalde y gobernador de Madrid, consejero de Estado, gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre de D. Alfonso XII y senador vitalicio.

Varia. – La idea de celebrar una exposición en Berlín ha sido acogida con gran satisfacción en Alemania, pero falta todavía que el gobierno la acepte. En cambio el gobierno francés ha resuelto ya celebrar una en París el año 1900.

NUESTROS GRABADOS

Situación comprometida, grupo en bronce de D. Emilio Benlliure (Salón Parés). – Como si el apellido Benlliure fuese sintético de arte, cada uno de los individuos de esta ya numerosa familia apórtanle nuevos timbres por medio de la valía de sus obras. Mariano, José y Blas han logrado distinguirse de tal manera, que ocupan preferente lugar entre los artistas que más honran el arte patrio. Emilio, el más joven de los Benlliure y por lo tanto el último que ha abrazado la carrera artística, dióse pronto á conocer. Los aficionados barceloneses recuerdan con gusto las bonitas cabezas de estudio que ejecutaba Emilio Benlliure antes de trasladarse á la Ciudad Eterna. Allí, recibiendo las enseñanzas de su primo y maestro Mariano, han podido avalorarse sus aptitudes y cualidades, significando ya el joven escultor una grata esperanza para la escultura patria.

Maternidad, cuadro de E. Carriere. – El género de pintura á que este cuadro pertenece, ese género de los tonos agrisados, bituminosos, que hace que los lienzos aparezcan como vistos al través de espesas gasas, puede aceptarse cuando lo tratan artistas del fuste de Carriere, porque entonces no dejan de ofrecer cierto atractivo las gradaciones insensibles merced á las cuales las figuras pasan de una manera delicada de la luz á la sombra y aun esos mismos tintes borrosos imprimen cierto misterio, cierta vaguedad, cierto carácter místico que no encajan mal en asuntos como el que ha servido de tema en *Maternidad*. En cambio resulta altamente peligroso para los jóvenes que quieren seguir las huellas de tales maestros, y de su perniciosa influencia tenemos más de un ejemplo en nuestros pintores, algunos de los cuales, seducidos por esa escuela y sus procedimientos, han torcido sus inclinaciones y hecho violencia á su inspiración y á su talento para someterse á una moda, sin duda pasajera, que nunca llegará á producir lo que á la posteridad ha legado la escuela genuinamente española.

Celta. – La Tragedia. – La Comedia, estatuas de D. Cipriano Folgueras (de fotografías de D. R. del Fresno, hijo, de Oviedo). – Es Cipriano Folgueras uno de los artistas que más honran á Asturias y especialmente á Oviedo, su ciudad natal, puesto que ya desde los primeros años de su carrera artística supo dar muestra de sus aptitudes y justificar, por medio de honrosas calificaciones, la pensión otorgada por la Diputación asturiana. Las enseñanzas que recibiera en la Escuela especial de Pintura de Madrid y muy particularmente las de nuestro paisano el distinguido escultor Sr. Suñol sirviéronle para realizar rápidos progresos, á los que debió ser pensionado en Roma. Allí ejecutó la bien entendida estatua de *El Celta*, premiada en la Exposición nacional de 1884, y la de *Orestes perseguido por las furias*. En la del año 1891 alcanzó nueva recompensa por el celebrado grupo *Los primeros pendientes*.

Actualmente, además de las dos estatuas que acaba de terminar para el gran teatro de Campoamor, hállase ocupado en varios trabajos para el palacio del Marqués de la Vega de Anzo y en el monumento de D. José Parres que ha de erigirse en el concejo de Llanes.

La primavera, pintura decorativa de H. Siemiradzki. – Pocas pinturas alegóricas pueden darse más acertadas que la del famoso pintor ruso que reproducimos: difícil, si no imposible, representar en una composición más sencilla el cúmulo de atributos de la primavera que nos ofrece el hermoso cuadro de Siemiradzki: flores, pájaros, amorcillos, cuanto simboliza el despertar de la naturaleza en la más bella de las estaciones del año, todo aparece en él artísticamente dispuesto, combinado con tanta originalidad como elegancia y ejecutado con el vigor, la precisión y la maestría característicos de ese autor, algunas de cuyas principales obras han tenido ocasión de admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Tipos españoles. – Chesa. Mujer del Valle de Ansó, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre. – Galofre es un verdadero artista, porque á las especialísimas condiciones que posee para ejecutar, reune la cualidad inapreciable de avaluar todas sus obras con el sentimiento y la poesía. Siente el arte, y cuando con el pincel trata de transportar al lienzo el tropel de ideas y conjunto de impresiones que rebosan en su corazón, canta estrofas tan sentidas como la de su notable cuadro *El ave María*, gallarda representación de las aptitudes del artista y de la inspiración del poeta.

Bajo el concepto de hojas sueltas de su cartera y como una de las páginas de la obra monumental que hace años ha emprendido, reproducimos el dibujo al carbón, copia de uno de los tipos más interesantes de las regiones peninsulares. Este trabajo, al igual de todos los que constituyen la colección – que asciende á algunos centenares de dibujos, acuarelas, pasteles, etc., – son verdaderas fotografías animadas, puesto que el artista no se ha limitado á copiar el modelo, sino que le ha sorprendido siempre en acción, lleno de vida y movimiento y con los rasgos que le distinguen y caracterizan.

Antes del baile, cuadro de D. Román Ribera. – Si Román Ribera no se hubiera dado á conocer como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir de él que es un catalán injerto de parisiense. París, con sus tipos, su carácter y especial modo de ser, pueden haber influído para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes artísticas; pero el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la pintura, que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca la viveza, el sabor, el sentimiento, que sólo se halla en la tierra española, en donde el cielo brilla más, el sol ilumina con más fuerza y la naturaleza toda sonríe.

Los amantes del verdadero arte recuerdan como acontecimiento artístico las producciones á que debe Ribera su celebridad. *L' art dans le marasme*, *El accidente*, *El café concierto*, *El desayuno de los obreros*, *Viajeros al coche*, *La salida de baile*, *Coup d' œil* y tantas otras obras determinan para Ribera el honroso título de campeón del arte moderno español, en el que ha ejercido tan poderoso influjo, que á él se debe, en gran parte, la evolución que se observa, puesto que ha marcado la segura senda por donde deben enderezar sus pasos aquellos que no podían orientarse.

La Virgen del Rosario, estatua en mármol de D. José Llimona. – Hermano del pintor, ha logrado también, como él, merecida fama por las varias obras notables que ha producido. Aunque joven, ha sabido José Llimona, en un período de tiempo relativamente corto, dar fehacientes muestras de su talento y de las cualidades artísticas que posee. Llimona siente el arte, y por ende todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los afectos más puros, ó los ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento, delicadeza y precisa ejecución.

La escultura que reproducimos es una donosa prueba de sus aptitudes. Precioso es el grupo que forman la Virgen y el Niño, admirándose la elegancia de la línea y la delicadeza de la ejecución, que aparte de la acertada disposición de los pliegues de las telas y la natural actitud de las figuras, dan á la obra un carácter simpático y agradable, sin que se oculten con ello las cualidades de su autor, que son las que dan á la escultura de que nos ocupamos el sello de ese algo, siempre grande y noble, que sólo puede informar las verdaderas manifestaciones del arte.

Vendedor de estampas, cuadro de D. Mariano Barbasán. – Lejos de la tierra española, en Roma, en la ciudad que fué centro y emporio de las artes todas, existen aventajados artistas que, como Mariano Barbasán, honran á nuestra patria y representan una grata esperanza para el arte pictórico. Pensionado por la Diputación provincial de Zaragoza, ha logrado aquél demostrar en un breve período de tiempo cuán merecida es la distinción de que fué objeto y cuánto puede esperarse de quien como él comprende y siente el verdadero arte.

El *Vendedor de estampas*, tipo popular y conocido en nuestras provincias castellanas, demuestra las condiciones de buen colorista que posee Barbasán, no contagiado por las extravagancias y tonos terrosos que ensucia la gama brillante de la mayoría de los pintores españoles que residen durante algún tiempo en la antigua ciudad de los césares y de los papas.



Si una de ellas os agrada, podéis decírselo muy naturalmente, tal como lo pensáis...

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Como todo lo que dura, todo se embota, y no se disfruta realmente de un mando más que cuando se ejerce por primera vez; pero ¡qué poderosas y profundas son las emociones que produce, y cómo llenan la vida! El mar es un amigo débil y pujante á la vez; pacífico y terrible, y no se le pueden profesar sentimientos tibios: ó se le idolatra ó se le detesta. Nosotros los marinos, á quienes meció desde nuestra infancia; que fuimos batidos por él y que le vencimos también; que hemos sufrido por causa de la existencia normal y monótona que nos impuso; que hemos disfrutado de goces infinitos con todos los espectáculos soberbios ó aterradores que nos presentó, con todos los países nuevos á que nos condujo fácilmente, le amamos con dulzura, nos atrae y nos retiene.

Mas cuando llegamos á ser comandantes, la posesión es más completa; antes el mar parecía pertenecer á todos; ahora comienza una lucha entre él y el capitán del buque, á quien servirá ó devorará.

Cuando se recibió el telegrama del ministro, el comandante Duhamel, entre las aclamaciones de la tripulación toda, que le adoraba, fué conducido á un vapor de las Mensajerías Marítimas, que se disponía á levar anclas. ¡Bravo marino! Una vez instalado en su camarote del vapor, solo conmigo, no pudo menos de manifestar la emoción que había ocultado orgullosamente.

—Se la confío á usted, me dijo, mostrándome la *Galatea*, que veíamos por la ventana; cuando llegue el momento oportuno, condúzcala intacta á Francia, á menos, añadió, que sea necesario entrar en fuego: en este caso, que su pabellón flote siempre en la popa ó que se sumerja con el buque y con usted...

El comandante me habló después largo tiempo sobre mis deberes, y su sen-

timiento de no poder continuar la misión que le había sido confiada; no se cuidaba de su mal; solamente pensaba en Francia y en su buque.

Le vi marchar con tristeza; pero más dolor me hubiera ocasionado su permanencia entre nosotros, pues las enfermedades del hígado no perdonan en los países que íbamos á recorrer, mientras que estaba casi seguro de que recobraría la salud en Francia.

Al día siguiente se recibieron nuevos partes de París: en uno trazábanse las grandes líneas de la misión que se me encomendaba; los otros eran para Madagascar, adonde debía dirigirme sin tardanza, por lo cual partí inmediatamente. Desde aquella época, ¡cuántas excursiones por el Océano Indico! ¡Cuántas noches inquietas en medio de la obscuridad, de los arrecifes y las tempestades! ¡Cuántas veces, á lo largo de aquellas siniestras costas de Madagascar, que ningún faro ilumina, y que las nubes bajas y negras ocultan aun al titileo de las estrellas; cuántas veces la muerte acechó mi corbeta, la muerte bajo la forma brutal, aplastante, de montañas de gotas de agua que corren y se precipitan hacia las rocas vecinas, uniéndose con el viento para arrastrar á los buques en sus mortíferos remolinos! En estos momentos ¡con qué atención reclinado sobre la banda de la *Galatea* y tratando de penetrar con mi vista las sombras, dirigía los pasos del buque! Franqueadas, al fin, las rocas peligrosas, echaba de ver á veces que estaba hablando á mi embarcación en voz baja, que la felicitaba y que parecía entenderme. Un jinete podría comprender esto, aunque no tanto como un marino, porque éste se encariña más con el buque confiado á su mando, según imagino, que el jinete con su caballo. Este último tiene su instinto de animal, que le hace evitar el peligro, y por otra parte lo más que podría hacer sería matar al que lo monta, mientras que al buque es preciso dirigirle sin cesar, vigilar de continuo sus movimientos; la menor ignorancia, una osadía, la más ligera falta, un olvido, una imprevisión, podría ser, no sólo la muerte del capitán, lo cual importaría poco, sino la de todos los marinos que se le confiaron y que, indiferentes en el instante del peligro, esperaban de su jefe la salvación...



Quisiera ir más lejos, más lejos aún...

Ahora echo de ver que me extiendo demasiado, diario mío, antiguo confidente; pero tendrás indulgencia, comprendiendo que aún estoy en el entusiasmo que produce el primer mando. Tú me dispensas y te regocijas de no tener ya que oir, como en otro tiempo, eternas quejas. Sin embargo, escucha, pues quiero confiártelo todo en voz baja: por tiránico que sea mi amor al mar, no me hará olvidar nunca mis recuerdos de la infancia. Muy á menudo, por la tarde, en el silencio amoroso de las noches calurosas y estrelladas, en alta mar, con la vista fija en el lejano horizonte, franjeado por una ligera bruma, ¿sabes tú qué veo en esas nubes ligeras que toman todas las formas al antojo de la imaginación?...

***

Santa María de Madagascar, noviembre de 1882.

Decididamente es muy difícil esperar algún reposo en campaña; cuando se cree llegado el momento de disfrutarle, se escapa.

Los hovas estaban tranquilos hacía algún tiempo; los pequeños sultanes de las Comores, siempre en guerra entre sí, parecían también haber renunciado á sus luchas, y habíaseme permitido aprovechar esta tregua para conceder algún reposo á mis tripulantes en la isla Borbón. La misma *Galatea* necesitaba también algún descanso y ciertos cuidados: era preciso examinar su máquina, limpiar su carena, cambiar la mayor parte de sus jarcias, pintarla, adornarla y sacarle brillo. Todos los marineros, bajo la dirección del teniente, habían puesto ya manos á la obra con el mayor ardimiento, porque estos trabajos les agradaban en extremo. Es una manera de reposar, pues cuando están ociosos se aburren. En cuanto á nosotros, los oficiales, nos seducía la permanencia en Borbón, verdadero paraíso terrestre, sobre todo cuando se le compara con Madagascar.

¡Qué bonita ciudad la de San Dionisio, y qué delicioso ir por la tarde, cuando el sol calentaba menos, al Barachois, aquel ancho y sólido puente que avanza sobre las olas al encuentro de los viajeros! No sé por qué el recuerdo de Borbón evoca al punto en mi mente el del Barachois, sin duda porque aquí reside toda el alma de la isla. ¡De cuántas caricias tristes y alegres ha sido testigo, cuántas sonrisas le han iluminado, cuántas lágrimas le bañaron! Por allí es por donde se penetra en la isla, por allí se sale, por allí se fueron los parientes á quienes se va á esperar más tarde y también los amigos á quienes no se vuelve á ver nunca.

También se han cambiado allí otros besos más furtivos que los que se dan á la despedida ó á la llegada, y aún se cambian por la noche en la sombra amiga, bajo los ojos opacos de la luna, que todo lo mira y nada ve; crúzanse dulces miradas y juramentos de amor que no se cumplen siempre. El Barachois, en efecto, no es tan sólo un lugar de paso que se atraviesa apresuradamente para embarcarse ó desembarcar; es también un paseo querido adonde se va á soñar, á recibir noticias ó darlas, ver á los amigos, y sobre todo dejarse ver. Es una especie de avenida de los Campos Elíseos, una avenida marítima, que recuerda el puente de un vapor gigantesco, con su entarimado, las escalas de cuerda y de madera, las embarcaciones suspendidas exteriormente y los bancos interiores que guarnecen sus dos lados.

Allí va la gente todas las tardes, de cinco y media á siete, á menos que haga muy mal tiempo, siendo preciso que éste sea realmente detestable para que dejen de ir ciertos asiduos concurrentes. Se vuelve después de comer, pero sólo cuando luce la luna, que hace allí las veces de faro eléctrico. No se puede circular en coche, porque el espacio es muy reducido, y por otra parte harto tiene que luchar el viejo puente contra la eterna marejada que bate, sacude y muerde sus pesados cimientos; pero ello no es óbice para que sea de rigor presentarse elegantemente vestido. Nada tiene esto de extraño: ¿acaso los que allí van tratan de otra cosa que de lucirse?... Aquello es una especie de salón grandioso al aire libre, bajo un cielo clemente, con el mar ante los ojos como perspectiva, mar profundo, siempre el mismo, siempre cambiante y agitado, y que no parece tranquilo más que allá á lo lejos, en el horizonte luminoso, por su contacto con el cielo.

Nada, ni un trozo de tierra intercepta la vista de la inmensidad; á derecha é izquierda la playa se extiende, casi sin cabos, sin sinuosidades, y describe en las aguas la curva elíptica de la isla, donde las olas se estrellan. Solamente el cabo Bernard, roquizo y bronceado, se prolonga desde el interior como un esfinge agachado sobre el mar desierto. Delante del Barachois, á sus pies, se ve la rada sin abrigo, con algunos pobres barcos veleros, cada vez en menor número, que se retuercen y se balancean, esperando, para hacerse á la vela, que terminen sus mezquinos cargamentos de azúcar. Detrás, y formando pisos, elévase la ciudad de San Dionisio, rodeada de sus jardines llenos de brillantes bejucos, y más allá destácanse las altas montañas, que surgiendo del centro de la isla volcánica, parecen perforar las nubes con sus agudos picos...

Habíamos proyectado visitar aquellas pintorescas montañas, que nos atraían, como todo lo que es lejano, y que estaba de Dios que no habíamos de conocer más que por haberlas visto desde el Barachois. Además nos habían trazado todo un plan de otras excursiones encantadoras: la llanura de los Cafres, el Volcán y la cascada del Bernica. Yo únicamente conocía esta última, y aun porque la *Galatea* había anclado á poca distancia de ella, en la rada de San Pablo, más tranquila que la de San Dionisio. Por la tarde, hablando con las lindas criollas que van al Barachois, nuestros jóvenes oficiales habían formado otros proyectos; todos los habitantes nos conocían ya, y no éramos para ellos gente extraña. En casa del gobernador se habían dado bailes, verdaderos bailes como en Francia, con mujeres encantadoras, muy escotadas, y era un encanto para nosotros ver de nuevo hombres blancos después de contemplar tantas desnudeces negras. De repente se recibió una orden formal por conducto de un vapor: era preciso abandonar inmediatamente aquel paraíso apenas entrevisto y volver á Madagascar. Por fortuna no debíamos ir á Madagascar mismo, sino á Santa María de Madagascar, cuyo mapa debíamos trazar.

Por lo que á mí toca, no me desagrada haber vuelto aquí, pues tengo cariño á esa pequeña y graciosa isla, más graciosa aún cuando se la compara con la extensa tierra desnuda y lúgubre que cerca de ella se extiende. Cubierta de verdura, florida, al nivel del agua, parece un ramo de flores junto á una tumba; por el lado del mar, su árida playa está batida por las olas; mas en el opuesto, entre ella y Madagascar, hay un canal, pacífico como un lago, surcado por ligeras piraguas, cuyos tripulantes negros son la gente más buena que he conocido. Cuando se llega por esta parte ante el pueblecillo de Amboutifouth, compuesto de una veintena de casetas cubiertas de rastrojo, maravíllase el viajero al ver de repente aquellas avenidas de mangos, de cocoteros, de palmeras de todas especies, y al contemplar el brillo de aquellos bejucos enredados y ligeros, que trepan hasta las copas de los árboles para volver á caer en el suelo como una lluvia de flores. Si se salta á tierra no se ven más que caminos cubiertos y bien trazados, matorrales, espesuras de helechos cerca de los arroyos, verdes musgos, insectos brillantes y flores perfumadas.

Animan este paisaje numerosas mujeres – á los hombres les agrada mucho el mar, y casi todos navegan en los buques mercantes y del Estado, – mujeres no muy lindas, es verdad, pero de carácter dulce, graciosas y pacíficas, con cuerpos de estatua cuando son jóvenes, bonitos animales con ojos de gacela.

Es un placer pasearse por aquellas avenidas de altos árboles, donde el sol no consigue penetrar á pesar de sus ardores, y cruzarse con aquellos grupos de mujeres jóvenes, que llevan los hombros descubiertos y el vestido flotante, y cuya cintura, apenas abrochada, parece siempre dispuesta á entreabrirse: unas llegan de los campos, de los que traen los sabrosos frutos, mangos, bananas y ananas, para venderlos en el pueblo; otras, casi desnudas, se dirigen al río para lavar su ropa; éstas, cual otras Rebecas negras, regresan á su casa sosteniendo en equilibrio sobre la cabeza toscas ánforas; aquéllas van á la pesca, y llevando entre las manos un pedazo de finísimo lienzo penetran en el mar, forman un semicírculo y persiguen y cercan á los peces, dejando escapar alegres carcajadas; y todas saludan cortésmente al extranjero, ya en francés ó ya en su armoniosa lengua, diciendo: *Velouma, sarabé.* Si una de ellas os agrada, podéis decírselo tal como lo pensáis, y si pedís que os deje reposar en su caseta, creería faltar á los más simples deberes de la hospitalidad negándose á recibiros.

Ya, dirá en voz baja, bajando la vista y ruborizándose mucho, porque presiente lo que quizás han de decirle; lo espera todo, y no se incomodará por nada, porque ama demasiado á los blancos, á los *vasas*, esos seres extraordinarios, esos hechiceros que saben tantas cosas; solamente está un poco conmovida, y por eso apresura su marcha, de ordinario indolente. «¿Es esa tu caseta? – Sí, señor.» Y orgullosa por haber dado á conocer que sabe hablar francés, se ríe, como niña que es de un pueblo niño. La menor cosa excita su hilaridad, y lo más trivial le servirá de asunto para interminables conversaciones.

Su caseta está muy aseada; una cerca de cañas y de juncos la separa del camino; los tamarindos y los mangos le prodigan su sombra; detrás hay algunos bananos y ananas, y entre ellos un pequeño cuadro de legumbres; y en el centro de todo esto se ven gallinas y pollitos, patos y ocas. Para su alimento solamente le falta el arroz, la parte más esencial, que los hombres cultivan más lejos, en las llanuras inundadas, y que la mujer obtendrá por cambios, si su industria no le ha producido algunos cuartos para comprarle. Su industria, industria efímera, consiste en ser lavandera algunas veces, cuando llegan buques: gústale con delirio vivir en el agua, aunque esté acostumbrada á la temperatura abrasadora de su país, y rara vez se ve una gota de sudor en su frente. ¡Sé está tan bien en aquellas aguas tibias en todas las estaciones! Esas mujeres poseen un arte también: prescindiendo de las toscas y frescas esterillas que trenzan para su casa, tejen con la mayor finura pequeños objetos de paja para uso de los extranjeros, alfombras, cortinas, cestas y petacas.

Al fin, cierto día y por un simple consentimiento místico, la mujer se casará con uno de los jóvenes del país, alguno de esos marinos que navegan por la costa en los barcos del Estado, y que vuelven á la tierra natal al cabo de un año ó dos con algún dinero en el pañuelo, que es para ellos una verdadera fortuna. Entonces entrará el hijo en la caseta; se comprarán en el almacén europeo algunos de esos objetos de primera necesidad, de los que antes se prescindía sustituyéndolos con productos de la industria negra; habrá vasos, cuchillos, hachas, platos; bonitos percales de vivos colores para hacer vestidos á la dueña de la casa y brazaletes de plata para los pies y las muñecas. El lecho, que era ya tan aseado y blanco, con sus colchones de hojas, cubiertos de tela de algodón bien estirada, se adornará con cortinajes bordados y se le rodeará de un mosquitero; el jardín se ensanchará, y se agregarán á las ocas, patos, gallinas y pollos uno ó dos pares de cerdos. Entonces ya no se necesitará nada más durante el resto de la vida. Ya no importará que los niños sean numerosos, y aun se les esperará con impaciencia en vez de temerlos, como nos sucede á nosotros, los pueblos civilizados. ¿Acaso cuesta algo un niño que va desnudo hasta que llega á la edad adulta y á quien se viste después con un metro de tela? Y en cambio ¡es tanta la alegría que produce en el corazón y á los ojos! Siempre habrá en la escudilla bastante alimento para él; y si no, allí tiene el árbol del pan, á la orilla del camino, el mango y todas esas hermosas frutas que la naturaleza tropical prodiga en abundancia.

Más tarde, con rafia y buena madera de paletuvio, el padre ó los hermanos harán una casita para cada una de las niñas; todas recibirán algunas esteras, varios efectos, pollos y patos, y sin afligirlas con el menor discurso, se las besará y se les dejará que emprendan por sí solas el vuelo. Y las pequeñas, que contarán apenas de trece á catorce años, dueños en adelante de su casa, se escaparán del nido, trinando como las avecillas, embriagadas de luz y de libertad. Vivirán en la naturaleza sin necesidades, sin envidia, felices ó desgraciadas solamente por el amor.

Lo que ha dicho un poeta sobre el amor se podría aplicar, con una variante, á la civilización: «No se puede ya salir de él cuando se está dentro.» En la evolución de los pueblos, efectivamente, todo movimiento retrógrado es imposible; y á pesar de mi marcada afición á la naturaleza, no me siento inclinado al género de vida del malgache de Santa María; pero he lamentado muchas veces no haber nacido como él en ese medio sencillo, más cercano de la dicha que nuestra complicada sociedad. «La dicha está en la naturaleza, dice Bernardino de Saint Pierre; todo lo que nos desvía de ésta nos aleja de aquélla.»

En esos países es donde se reconoce toda la verdad de este pensamiento.

Mañana, domingo, día de reposo, quiero consagrarme á la naturaleza: iré á Sandreh, punto situado en la extremidad de la isla, á casa de los amigos malgaches que allí tengo; tomaré parte en sus juegos y escucharé sus cantos, tristes y voluptuosos, como todos los de los pueblos primitivos. Veré á la pequeña Kaluvassa, siempre risueña, y durante la tarde, echados sobre la fresca esterilla, con la puerta abierta, permaneceremos inmóviles, con la vista fija en el mar tranquilo, escuchando lejanos cánticos y aspirando el perfume de las flores; mientras que mucho más allá de los mares, en París, hombres y mujeres se agitarán en febril carrera, buscando cruces, empleos, placeres enojosos, dinero, y hasta ¡ay de mí! un pedazo de pan. Kaluvassa se dormirá muy pronto, seguro estoy de ello, feliz porque no piensa en nada; yo en cambio meditaré, pues la civilización me domina...

Pero hay goces complicados que experimentaré por efecto reflejo y que Kaluvassa no conocerá jamás: son los que produce el recuerdo, y otros muchos más aún.

Uno de estos días aspiraba yo con placer una rosa que había cogido, y como dijese á mi negra amiga que aquella flor me recordaba mi país, contestó:

– ¡Qué extraños son ustedes los blancos! Dan importancia á una porción de cosas en que nosotros no fijamos la atención. ¿Qué puede decir una rosa? La flor no habla.

Pequeña Kaluvassa, creo decididamente que soy más feliz que tú, porque hay muchas cosas que hablan sin que se las oiga, y que pronuncian palabras muy dulces que los blancos saben comprender. Así, por ejemplo, junto á ti tu silencio es lo que me interesa sobre todo; todas esas cosas extrañas, exóticas, á las cuales presto una voz; todas esas armonías de la naturaleza que escucho, que tú tienes el buen tacto de no interrumpir, pero cuya existencia desconoces.

***

Santa María de Madagascar, 12 de noviembre de 1882

¡Qué acontecimiento tan inesperado! ¿Hubiera yo podido creer que dentro de pocos días, en aquellos parajes, vería á Magdalena y á Juana?... ¡A Magdalena, al cabo de tantos años!... ¡Y por qué concurso de circunstancias sorprendentes y dolorosas! Desde ayer, día en que recibí la noticia, me pregunto á veces si todo esto es verdad, y necesito leer de nuevo la carta de mi madre y las órdenes enviadas por el ministro.

Es necesario haber vivido lejos de Francia, en países tan diferentes de los nuestros, para saber con qué febril impaciencia, con qué alegría é inquietud, nosotros, los hombres civilizados, esperamos el vapor correo, único lazo que nos une con nuestro país.

Ayer, á las ocho de la mañana, el pequeño fuerte de Santa María, situado en la más alta colina de la isla, disparaba un cañonazo, lo cual quería decir que se había divisado un barco en alta mar. Y un momento después, la exclamación ¡el vapor, el vapor! circulaba en mi buque desde popa á proa. Al cabo de una hora, bien seguros ya los del fortín, disparaban dos cañonazos, izando luego el pabellón francés. Ya no había duda; era el correo, y por otra parte, veíasele ya desde el puente de la *Galatea*. Rápido, fatal, deslizábase sobre las tranquilas aguas, avanzando en medio de una nube de humo.

¿Qué ocurría allá en nuestra hermosa y codiciada Francia? ¿Qué nos traía aquel buque? ¿Alegría ó dolor? Probablemente nada, y esto quizás sería lo mejor, porque hay motivo para temerlo todo cuando se está tan lejos. Por último, á eso de las diez, el saco de nuestra correspondencia estaba á bordo, en mi camarote; y con ayuda del teniente y de otro auxiliar vacié su contenido, poniendo en la mesa lo que era para mí, en el canapé las cartas dirigidas á los oficiales y en el suelo las de la tripulación.

Busqué presuroso las cartas á mi nombre, y las recorrí rápidamente, comenzando por las de mi familia; pero no encontré ninguna de Juana, y sí tan sólo una de mi madre. Al principio no comprendí bien lo que me decía, y experimenté una vaga angustia, como si leyese algún relato doloroso. «Luis náufrago; Juana y Magdalena en camino para la isla Borbón, donde las vería; se contaba conmigo; no debíamos desesperar... Dios no podía abandonarnos después de manifestarse de una manera tan providencial, enviando aquel albatros... Juana tenía confianza... Mi madre, cuya salud era buena, hacía votos por mi peligrosa misión en esas islas heladas, y oraba tanto que de seguro Dios la escucharía...»

Al fin, terminada la repartición de las cartas y habiéndose retirado el teniente y su auxiliar para hacer las distribuciones personales entre la oficialidad y la tripulación, mi vista, que no había podido separarse de la carta de mi madre, después de leerla de nuevo y comprenderla, se fijó al fin en mi correspondencia oficial: un sobre amarillo de grandes dimensiones, con el sello del Ministerio de Marina, debía contener la confirmación y explicación de lo que se me anunciaba; le rasgué rápidamente y leí lo que sigue:

«*París*, 16 *octubre* 1882. – El ministro de Marina y de las colonias al señor comandante de la *Galatea* en Madagascar. – Señor comandante: – Tengo el honor de manifestar á usted que por conducto del embajador de Inglaterra he recibido del gobernador de la Australia del Sud traslado del telegrama siguiente:

»*Freemantle (Australia del Sud)*, 22 *setiembre* 1882. – Se ha encontrado en la playa de Freemantle un *albatros* muerto que tenía pendiente del cuello un pedazo de metal blanco, en el que se leían estas palabras francesas grabadas con la punta de un cuchillo:

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet el 4 de agosto de 1882.»

Apenas recibí esta noticia, pedí informes en todos nuestros puertos comerciales á los diversos funcionarios, para averiguar si había algún indicio de que unos náufragos franceses pudieran hallarse abandonados en las islas Crozet.



Se la confío á usted, me dijo, mostrándome la *Galatea*, que veíamos por la ventana

Burdeos me contestó con este telegrama:

«Los trece náufragos podrían pertenecer al buque de tres palos *Tamaris*, que se hizo á la vela en Burdeos el 28 de noviembre de 1881 para Numea, y del cual no se ha recibido noticia alguna desde aquella época. A bordo iban doce tripulantes y un oficial pasajero, el Sr. de Nessey. Según la fecha de la marcha, el *Tamaris* podría haber naufragado en las islas Crozet el mes de febrero próximo anterior.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN MECÁNICA DEL CALOR SOLAR

Antemio, matemático y arquitecto griego que floreció á fines del siglo V y en el primer tercio del VI, autor de los planos de la iglesia de Santa

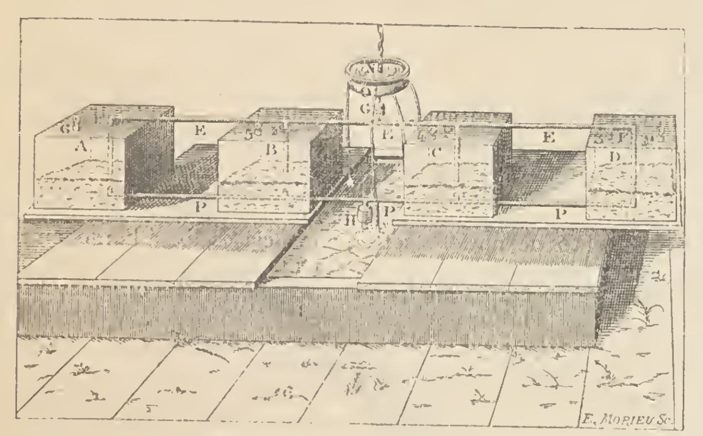


Fig. 1. Máquina en extremo sutil por medio de la cual podrá elevarse el agua estancada (según Salomón de Caus, 1624)

Sofía, de Constantinopla, cuya construcción le encomendara el emperador Justiniano, hizo ya una aplicación de la fuerza expansiva del vapor de agua. Herón de Alejandría había inventado, además del eolipylo, una porción de aparatos fundados en la vaporización del agua. Durante el Renacimiento, un sabio italiano, el célebre Porta, á imitación del ingeniero griego, había concebido también la idea de utilizar la fuerza del vapor, inventando un aparato que Juan Escribano, en una edición italiana (*I tre libri spiritali*, Nápoles, 1608) del libro de los Pneumáticos (*Pneumaticorum libri tres*, Nápoles, 1601) del físico italiano (edición en la que incluyó muchos conceptos nuevos que había oído de labios del mismo autor) describe en los siguientes términos:

«Constrúyase una caja de cristal ó de estaño cuyo fondo esté atravesado por un agujero por donde pase el cuello de una botella de destilación que contenga una ó dos onzas de agua, debiendo soldarse el cuello al fondo de la caja de modo que nada pueda escaparse por allí. De este mismo fondo partirá un canal, cuya abertura casi le toque, no dejando más intervalo que el necesario para que por él pueda circular el agua. Este canal pasará por un orificio de la tapadera de la caja y se extenderá por fuera á poca distancia de la superficie. Llénese la caja de agua por medio de un embudo que inmediatamente se tapará á fin de que no deje escapar el aire; colóquese la botella en el fuego y caliéntesela poco á poco: entonces el agua transformada en vapor hará presión sobre el agua de la caja, ejercerá violencia sobre ella y la obligará á salir al exterior por el canal.

»Así se continuará calentando el agua hasta que se consuma por completo; mientras el agua humeará, el aire hará presión sobre el agua de la caja y ésta saldrá al exterior. Terminada la evaporación se medirá el agua, se medirá la que ha salido de la caja, y en ésta habrá quedado la que salió de la botella, deduciéndose de la cantidad de agua salida la cantidad de agua en que aquélla se ha transformado.»

Salomón de Caus (*Las razones de las fuerzas motrices*, París, 1624, lib. I, problema XIII) da una aplicación análoga al movimiento del agua por el *calor del sol* y hace la siguiente descripción de su máquina, á la que denomina *Fuente continua* (fig. 1):

«Esta máquina será de gran efecto en los países cálidos, como España é Italia, donde el sol sale casi todos los días produciendo gran calor y especialmente en verano. La máquina se construirá de este modo: es preciso disponer de cuatro receptáculos de cobre, A, B, C, D (fig. 1), bien soldados en todo su alrededor, que tendrán aproximadamente un pie cuadrado y ocho ó nueve pulgadas de alto cada uno. Sobre esos receptáculos se pondrá un tubo E, al cual irán soldadas cuatro ramas marcadas cada una con la letra F, que á su vez se soldarán en la parte superior de los receptáculos y descenderán casi hasta el fondo de cada uno de éstos. En el centro del tubo se soldará una válvula G, construída y colocada de manera que cuando el agua salga de los receptáculos pueda abrirse y se cierre cuando aquélla haya salido. Debajo de esos receptáculos se pondrá otro tubo P, también con cuatro ramas soldadas al fondo de los mismos, y otra válvula H, en cuyo extremo habrá un tubo que bajará hasta el fondo del agua que estará en una cisterna ó en un depósito cualquiera I. En uno de los receptáculos habrá un agujero M.

Colocada esta máquina en un sitio que reciba el sol de arriba, se echará agua en los receptáculos por el orificio M, la cual agua comunicará por medio de los tubos con los demás receptáculos, debiendo procurarse que éstos estén llenos en una tercera parte: el aire que con esta agua se expulsa saldrá por las aberturas 3, 4, 5 y 6, las cuales se cerrarán en seguida herméticamente de modo que no pueda salir ya más agua de los receptáculos. Cuando el sol dé sobre esa máquina se formará á causa del calor una expresión (como hemos visto en el anterior problema) que obligará al agua de todos los receptáculos á elevarse por el tubo E y á salir por la válvula G y por el tubo N, cayendo en el pilón O y de allí á la cisterna I, y como habrá salido una cantidad de agua por efecto de la violencia del calor del sol, la válvula G se cerrará, y cuando haya pasado el calor del día y venga la noche, los receptáculos para evitar la vacuidad atraerán el agua de la cisterna por medio de la válvula H y se llenarán como estaban antes. Este movimiento continuará mientras haya agua en la cisterna y mientras el sol dé sobre los receptáculos; debiendo notarse que las válvulas han de ser muy ligeras y muy precisas, sin que el agua pueda descender por ellas una vez que haya subido.»

Salomón de Caus, en su notable obra, describe otro aparato del mismo género, que representa nuestro grabado fig. 2. El bastidor A B debe estar construído de tal suerte que puedan «montarse en él varias lentes, colocadas de modo que las puntas de los conos de luz que produzcan puedan ir á parar sobre los receptáculos, los cuales, calentados por el intenso calor producido por dichas lentes, harán subir el agua en gran cantidad.»

Salomón de Caus recomienda que se haga pasar un tubo C D al través de una pared á fin de conducir el agua á un pequeño surtidor.

ALBERTO ROCHAS

(De *La Nature*)

***

PRODUCCIÓN Y NUEVAS APLICACIONES DEL NÍQUEL

El níquel, que hace quince años era un metal escaso y caro, ha visto multiplicar de una manera prodigiosa y aun más rápidamente que el aluminio el número de aplicaciones, al mismo tiempo que disminuía su precio en proporciones considerables, progreso debido al descubrimiento de grandes yacimientos de estos minerales en Nueva Caledonia y en el Canadá. En 1879 la producción del níquel en todo el mundo era de unas 400 toneladas y su precio de 18 pesetas el kilogramo: actualmente aquélla es de unas 10.000 toneladas y éste oscila entre 5 y 6 francos el kilogramo.

El níquel, como es sabido, se emplea puro y aleado con cobre y hierro: en la primera forma fabrícanse con él planchas adheridas que se utilizan en la fabricación de reflectores, de objetos para carruajes, de utensilios de cocina y de hilos que prestan grandes servicios en la pasamanería. Los galones dorados y plateados forrados de níquel no se empañan como los forrados de metal blanco ó de latón. También hay que citar la operación tan generalizada del niquelado electrolítico que presta á los objetos tan bella apariencia y los pone al abrigo del orín.

Las aleaciones del níquel, sobre todo las que forma con el cobre, tienen aplicaciones más importantes. Añadiéndole algunos metales, forma el níquel en primer lugar una serie de metales blancos, tales como el maillechort, la silverina y el argentán, que imitan y sustituyen la plata. Pero la aleación que ha sido mejor estudiada y que mayores servicios presta por la facilidad con que se vuelve más densa y elástica batiéndola en frío y haciéndola pasar por los distintos agujeros de la hilera, es la famosa aleación del 20 por 80 (20 de níquel por 80 de cobre), que se emplea para cubrir las balas de las nuevas armas de guerra de pequeño calibre y gran velocidad inicial y para la fabricación de planchas tubulares de hogares de locomotoras.

Finalmente, la aplicación del níquel que más ha contribuído á la vulgarización de este metal es la moneda de baja ley de metal blanco que ha sido adoptada en muchos países de América en sustitución de la de bronce. En Europa esta moneda no ha sido hasta ahora aceptada más que por Alemania, Bélgica y Suiza. Las fracciones son de 5, 10 y 20 céntimos: para esta última, Suiza y Alemania han acuñado piezas de níquel puro más difíciles de imitar. En Francia la cuestión del reemplazo de la moneda de cobre por la de níquel está á la orden del día: para la emisión total francesa destinada á reemplazar los 75 millones de francos (valor nominal) de moneda de cobre actualmente en circulación bastarían 600 toneladas de níquel puro.

Merecen también ser citadas las aleaciones del níquel con el hierro y con el acero que han producido el hierro-níquel y el acero níquel, tan resistentes que la marina americana ha adoptado las corazas de acero-níquel para proteger á sus buques de guerra.

***

LA PURIFICACIÓN DEL AIRE POR LAS TEMPESTADES

Es una observación vulgar la de que después de las tempestades la atmósfera antes brumosa, y gris á causa del polvo, se encuentra libre de las partículas que tenía en suspensión y adquiere notable transparencia. Un sabio meteorólogo inglés, Mr. Aitken, ha hecho un curioso cálculo y encontrado que el número de partículas sólidas en suspensión en la atmósfera podía en estas condiciones descender desde 15 ó 25.000 á 500 por centímetro cúbico: por esto después de una tempestad pueden verse montañas á 100 kilómetros de distancia, al paso que antes de aquélla la vision está limitada á unos pocos kilómetros. Según Mr. Aitken, el enfriamiento que sigue á una tempestad es efecto de la radiación, que se deja sentir tanto más cuanto más transparente es la atmósfera.

***

UN NUEVO BUQUE SUBMARINO

Los submarinos hasta ahora inventados no han correspondido á las esperanzas que hicieron concebir, y por esto ninguna nación, que se sepa, ha hecho tentativa alguna seria para introducirlos en su marina de guerra. Este fracaso débese en parte á que se ha querido construir los submarinos para fines de guerra en vez de emplearlos solamente como medios auxiliares para los trabajos que dentro del agua se practican. Teniendo esto en cuenta, un ingeniero italiano llamado Migliardi ha construído, según dice la *Electrical Review*, un submarino de 8'50 metros de

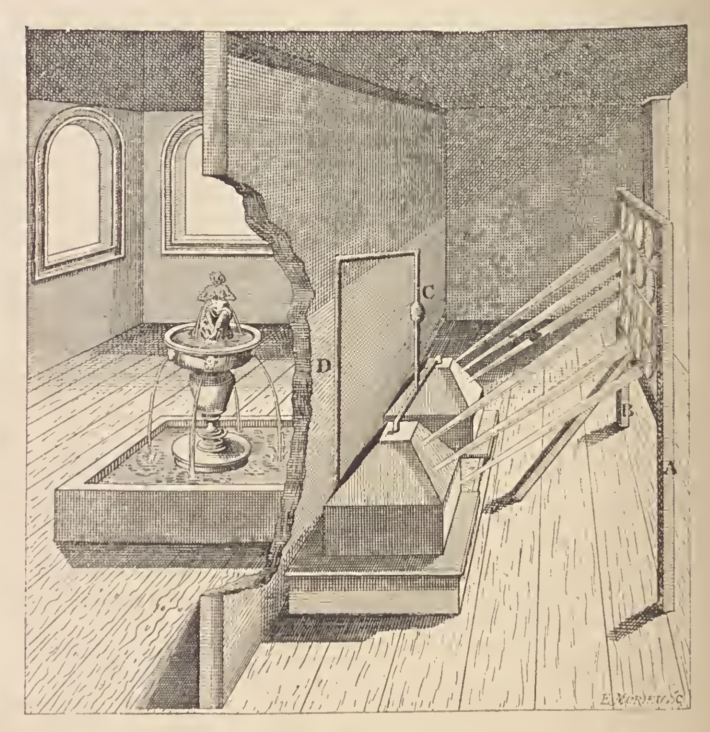


Fig. 2. Otra máquina de Salomón de Caus para elevar el agua por la acción del calor solar

longitud, movido por la electricidad, que puede sumergirse á 100 pies de profundidad y está dispuesto de tal manera que una parte de la tripulación puede salir del buque, y en traje de buzo buscar en el fondo del mar y subir al barco los objetos sumergidos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE ECIJA, *por D. Manuel Varela y D. Antonio T. Martel.* - De dos partes consta este libro, además de la notable introducción que le encabeza: en la primera hay reunidas todas las noticias referentes á la antigua *Astigi*, de las cuales se deduce la grandeza á que llegó esta ciudad; la segunda es una descripción de Ecija durante el presente siglo, exponiéndose, además, en ella los medios que pueden emplearse para el mejoramiento moral y material de la misma. Abundante en curiosos é interesantes datos, escrita en correcto y elegante estilo, es una obra que merece leerse. Véndese al precio de 3 pesetas en Ecija en casa de sus autores y en la imprenta de Reyes, San Francisco, 12, y en las principales librerías del resto de España.

EL EVANGELIO DEL HOMBRE, *por D. Ubaldo Romero Quiñones.* - El distinguido escritor y sociólogo Sr. Romero Quiñones ha condensado en este libro una porción de doctrinas y preceptos que tienden al perfeccionamiento del individuo para lograr el perfeccionamiento social, fundándose para ello en los preceptos de Jesús sin mezcla de culto ni rito alguno, con los cuales combate el racionalismo, el comunismo y el ateísmo. Véndese esta obra al precio de 2 pesetas en la administración de la Biblioteca de la Nueva España, Espíritu Santo, núm. 41, Madrid.

TRATADO COMPLETO DEL NARANJO CON UN APÉNDICE SOBRE EL LIMONERO, CIDRO, BERGAMOTO Y LIMETERO, *por don Bernardo Giner Aliñó.* - El conocido editor de Valencia señor Aguilar ha comenzado la publicación de una obra de gran interés para la agricultura española, en la que tan importante papel desempeña el naranjo, debida á la pluma del distinguido agrónomo Sr. Giner Aliñó. De la importancia de la obra podrá juzgarse por el siguiente enunciado de las materias que abarcarán las cuatro partes en que se halla dividida, á saber: Historia del naranjo, Aurancigrafía, Aurancicultura, Patología del naranjo y Aplicaciones del naranjo. La obra, que formará un volumen de 400 á 500 páginas con profusión de grabados intercalados en el texto y cuatro láminas cromo-litografiadas, se repartirá en cuadernos de 64 páginas al precio de una peseta uno, de los que se han repartido ya los dos primeros. - Suscríbese en casa del editor, calle de Caballeros, 1, Valencia, y en las principales librerías de España y América.

LA PATRIA DE COLÓN, SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LAS ÓRDENES MILITARES, *por D. Francisco R. Uhagón.* - La cuestión tan debatida acerca de cuál sea la patria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo puede decirse que queda definitivamente resuelta con la obra que acaba de publicar el señor Uhagón. Miembro del Tribunal y Consejo de las Ordenes y caballero profeso de la de Calatrava, ha podido el autor consultar documentos preciosos, de los cuales se desprende de una manera terminante que Cristóbal Colón *era genovés, nacido en la villa de Saona.* Esta obra de gran interés histórico, lleva en apéndice las genealogías de todos los Colón que han vestido el hábito de las Ordenes: elegantemente editada por D. Fernando Fe, de Madrid, se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

CARICATURAS, *por Luis Taboada; dibujos de Angel Pons.* - Si un artículo del incomparable Taboada produce siempre regocijo en el público, ¿qué será cuando se ofrece á éste una colección de los más escogidos trabajos salidos de su pluma? Y si á ello se añade que todos están profusamente ilustrados por el lápiz de Pons con esa gracia que sólo puede compararse con la del texto á que sirven de complemento esas ilustraciones, ¿quién ha de extrañar el éxito extraordinario que ha conseguido el nuevo tomo editado por D. Manuel Fernández y Lasanta, de Madrid, con la elegancia que á la publicación de que forma parte caracteriza? Apresúrense á comprar el tomo los que quieran reirse de veras, pues el libro lleva trazas de correr la misma suerte que otros del propio autor cuya edición se ha agotado á poco de ponerse á la venta. - Véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

PROSA LIGERA, *por Jose de Laserna; dibujos de Angel Pons.* - Formando parte de la misma colección que el anterior, se ha puesto á la venta *Prosa ligera*, colección de los más celebrados artículos del conocido redactor de *El Imparcial* don José de Laserna. Los defectos y vicios sociales, las costumbres políticas, los usos populares, la vida literaria y artística; en suma, todo cuanto ofrece un punto vulnerable á la crítica, bien sea por ridículo, bien por seriamente censurable, está tratado en este libro de mano maestra, con gracia y elegancia inimitables. Laserna satiriza finamente, pero no por eso son menos certeros y agudos sus pinchazos. De las ilustraciones... Son de Angel Pons, y con esto queda dicho todo. - El libro que, como indicamos, ha sido editado en Madrid por D. Manuel Fernández Lasanta, se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.



VENDEDOR DE ESTAMPAS, cuadro de D. Mariano Barbasán

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 18 DE JULIO DE 1892 — NÚM. 551







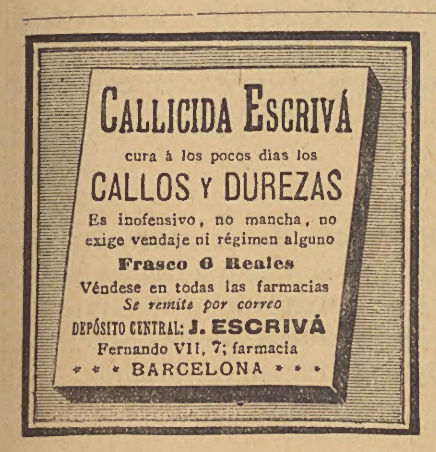




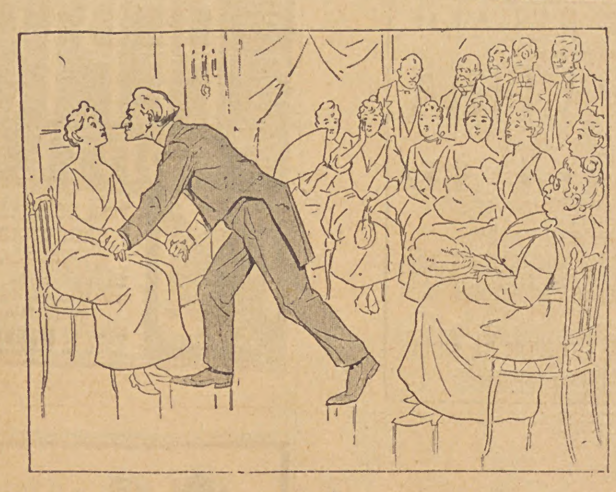








UNA SESIÓN DE HIPNOTISMO



. . . .



¡Levántate y anda!



Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

Dirección telegráfica para Barcelona y Madrid.—FORTESCO.

¿QUÉ PEDIRÍAIS AL HADA?

Si por amor al hombre una buena hada ofreciese conferiros el poder de curar una sola enfermedad, dejando á vosotros la elección, ¿qué enfermedad escogeríais? Acaso pediríais primeramente tiempo para considerarlo.

Si dicha hada me hiciera á mí la oferta, desde luego le contestaría diciéndole: «Buen hada, deseo el poder de curar el reumatismo, pues que es universal. Es éste una enfermedad que ataca á cualquiera, de la raza ó clima que fuere;» y el hada reconocería mi sabiduría y me concedería la secreta virtud.

Las hadas, no obstante, han desaparecido ya, y así hemos de emprender la lucha sin la ayuda de ellas.

«Desde octubre del año pasado, dice el profesor D. J. Maimo, de la escuela pública de niños, en Pratdip, sufría de una severa crisis de reumatismo. Me sometí á diferentes clases de tratamientos, entre éstos baños é ioduro de potasio tomado interiormente, sin conseguir el más leve alivio. Muy al contrario, fuí de mal en peor, hasta que por casualidad llegó á mis manos uno de esos folletos ilustrados en los que se describe la medicina llamada *Jarabe curativo de la Madre Seigel*. Al leer dicho libro y al ver que el reumatismo era, según en el citado folleto se indicaba, una de las enfermedades que el consabido jarabe aliviaba y curaba, me decidí á probarlo, é imaginaos cuál sería mi regocijo al sentirme aliviado antes de haber agotado la primera botella.

»Como que la enfermedad se encontraba en su grado más agudo, tuve que seguir tomando el jarabe durante tres meses consecutivos á fin de hacer desaparecer los dolores punzantes que al más leve cambio de temperatura me sentía en las extremidades, en el pecho y en las coyunturas. En la actualidad mi dolencia no es más que una sombra de lo que antes era, y puedo consagrarme ahora con toda laboriosidad al trabajo propio de mi profesión.

»A veces, sintiéndome libre de todo dolor, he dejado transcurrir dos ó tres días sin tomar medicina alguna, habiendo observado además que al dejarse sentir nuevamente el dolor me ha bastado tomar sesenta gotas del jarabe para conseguir un alivio inmediato. También debo hacer constar que jamás me he encontrado mejor, en cuanto al estómago, que desde que tomo el jarabe de la Madre Seigel, pues cada invierno me veía obligado á tomar algún purgante, hallándome propenso á la constipación. En la actualidad estoy enteramente exento de esta dolencia, gozo de buen apetito y encuentro gusto en todo lo que como.

»De lo que acabo de manifestar (y no es más que la pura verdad) podrá usted inferir la alta estima que me merece este remedio y cuán agradecido estoy á su propietario.

»El buen resultado que produjo en mí ha sido sabido de tantos, que muchas personas me visitan para pedirme pormenores más detallados, y éstas á su vez consiguen alivio igualmente tomando el jarabe.

»Sírvase aceptar el testimonio de mi más sincera consideración. (Firma): J. Maimo, profesor de la escuela pública de niños; 20 de mayo de 1892.»

Para poder comprender la razón de la maravillosa eficacia del *Jarabe de la Madre Seigel* en el caso del señor profesor Maimo, el lector se servirá observar dos partes sobresalientes en su excelente carta: primera, su relación de su reumatismo, y segunda, su referencia á la acción de la medicina sobre su sistema digestivo. He aquí la causa y el efecto: la indigestión y la dispepsia, la causa; el reumatismo el efecto.

El tratamiento que antes siguiera no tenía poder alguno sobre su reumatismo, porque carecía de toda acción sobre su digestión. El jarabe desterró el ácido úrico de su sangre (siendo el ácido producido por un estómago é hígado adormecidos) y el reumatismo desapareció en el orden de la naturaleza, junto con el veneno que lo produjera.

Dos palabras más como comentario y habremos concluído.

El reumatismo es universal porque son también universales las malas costumbres observadas en las comidas. Donde se encuentra la indigestión y la constipación, allí está el reumatismo con miles de otras enfermedades, que no son más que sus síntomas y frutos. Tómese nota de esto y téngase presente.

Las hadas han desaparecido, como ya dijimos; pero para conseguir el folleto que trata de remedio tal y que encierra en sí mayor poder curativo que cualquiera hada pudiera conferir, dirigirse á los propietarios del *Jarabe curativo de la Madre Seigel*.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, número 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.



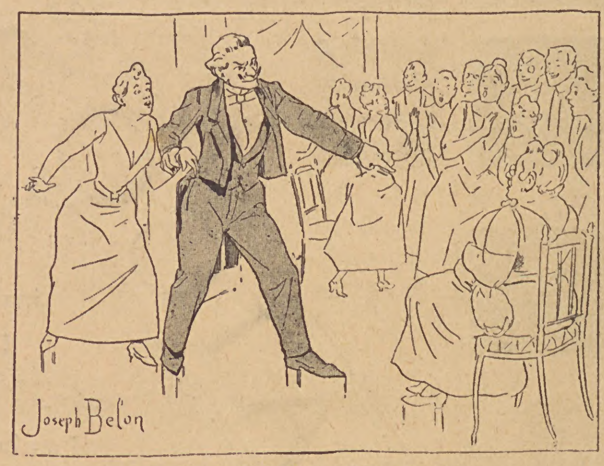
Estamos en el Polo Norte ¿sientes el frío?
¡Oh, sí! un frío glacial



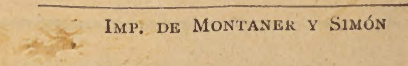
Ahora hace más calor ¿no es verdad? Es que estamos en el desierto de Sahara
¡Oh, sí! ¡Un calor que abrasa!



¿Ves esa fiera que avanza hacia nosotros? ¡es un león!



¡Un león! ¡Ca! ¡Si es un hipopótamo!


Imp. de Montaner y Simón